

Selección

TERROR

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

RALPH BARBY

TORTURADAS



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

282 — ¡Déjame dormir en mi tumba!, *Clark Carrados*.
283 — Cadáver-puzzle, *Adam Surray*.
284 — El coleccionista de cerebros, *Joseph Berna*.
285 — El día de la peste, *Curtis Garland*.
286 — Una cama en el Infierno, *Silver Kane*.

RALPH BARBY

TORTURADAS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 287
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 22.033 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: agosto, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

Sentí como si, poco a poco, una fuerza endemoniada se fuera apoderando de mí. Notaba que tenía que respirar con más fuerza, como si mis pulmones, mi sangre, mi cerebro y todos los órganos de mi cuerpo demandaran más oxígeno, pero no para vivir, sino para desarrollar una fuerza violenta, sádica, brutal.

—¡¡Aaaagh!!

Noté una sensación de placer al desgarrar con mis uñas el rostro de mi compañera, que acababa de lanzar un alarido. Su piel quedó entre mis uñas, mis dedos se mancharon de su sangre.

También grité, mezclando carcajadas con los gritos que soltaba, y que a mí misma me espantaban, pero no podía contenerme.

Aparecieron dos celadoras, dos arpías altas y robustas, dos sádicas, yo sabía que lo eran. En realidad, no eran mujeres, sino machos frustrados, abortados, degenerados. Las malditas sabían muy bien llevar a cabo su trabajo.

Una de ellas me retorció el brazo y con la otra mano me sujetó el cabello, mientras su compañera me golpeaba con los puños. Maldita perra; sabía encontrarme el hígado.

No me di por vencida; parecía que dentro de mí se desencadenara una furia casi satánica y, pese a los golpes, no me doblegaba. Fui arrastrada hasta una de las celdas de castigo, y allí me echaron, cerrando la puerta de madera, suficientemente gruesa como para ahogar los gritos.

Pasaron las horas, nadie se acercó a mi puerta.

Sentí hambre y sed, y no pude comer ni beber. Pasaron más horas... No sabía ya si era de noche o de día, pero sentía un cansancio tan grande, que las piernas se negaban a sostenerme y quedé tendida en al suelo.

Los párpados me pesaban como losas de plomo. Era como si en poco tiempo hubiera consumido toda la energía vital de varios días, y quedé sumida en un sueño profundo, tan profundo, que tenía la impresión de haber caído en un pozo en el que continuaba cayendo y cayendo, sin llegar jamás al final.

—No la muevas, mucho cuidado.

—Phss, no levantes la voz —decía otra.

Me pusieron una inyección; yo no había abierto los ojos. Creo que no tenía fuerzas ni para separar los párpados. Noté el pinchazo, supe luego que me quedaba sola y comencé a recuperarme.

Noté que la vitalidad resurgía en mí, pero no de una forma pacífica, sino violenta.

Se abrió la puerta nuevamente y aparecieron las dos celadoras que tanto odiaba. Las miré, desafiante, y creo que ellas replicaron con una sonrisa de suficiencia.

Avancé, mirándolas de reojo. Se habían colocado a derecha e izquierda de

mí, y a medida que avanzaba, esa furia que había anidado dentro de mí, crecía y crecía. Me daba cuenta de ello, era como si fuera consciente de que sufría una brutal metamorfosis.

Me llevaron a la enfermería; allí, una de aquellas arpías me dijo:

—Ahí tienes una bata limpia. O te la pones tú o te la ponemos nosotras.

—¡Malditas, ya me la pondré yo! —les grité, mientras dentro de mi cerebro una voz parecía pedirme:

«Sandra, Sandra, no te rebeles, no grites, no te exaltes. Serénate, serénate... ¿No te das cuenta de que ellas quieren que te enfurezcas?»

Me desnudé y me puse la bata limpia. En realidad, no sabía qué pretendían. Ya más aseada pero con una ira irreflexiva dentro de mí, una violencia que yo misma no comprendía, me llevaron a! despacho de la directora.

Allí aguardaba mi padre, un hombre ya entrado en años, con el pelo negro porque se lo teñía, y su mujer, mi madrastra, joven, sonriente, distante de mí, una puta que se había casado con mi padre para cambiar veinte servicios cada noche por uno al mes, y si llegaba. La muy cerda se dejaría querer, lo que debía gustar mucho a mi padre, que ya era un viejo.

Verlos a ellos fue como romper los últimos eslabones de !a cadena que sujetaban aquella violencia diabólica que, inexplicablemente, había anidado dentro de mí.

Salté sobre ella, gritando como una fiera. Se me nubló la vista y sentí que ella también gritaba de miedo y de dolor.

—¡¡Sujetadla!!

—¡Está loca, loca!

Por primera vez oí aquella palabra que atravesó mi cerebro como una larga aguja candente. Me hizo daño, mucho daño.

Creo que me sacaron bien sujeta y espumeando por la boca. Había perdido la razón, mientras la vocecita dentro de mi mente insistía:

«Sandra, tranquilízate, serénate... Tú no estás loca, aunque ellos lo crean así.»

Pero todo mi ser físico estaba descompuesto, y las dos celadoras se las veían y deseaban para sujetarme, cuando entre ambas debían cuadruplicar mi peso.

La esposa de mi padre sollozaba, solícitamente atendida por él. En su rostro eran visibles las huellas de mis arañazos.

Me volvieron a encerrar en la celda. No me dieron agua ni comida y, cuando pasó toda aquella violencia que hizo que golpeara las paredes con los puños, caí extenuada y volví a dormirme.

Tuve la sensación de que volvían a ponerme una inyección, pero ya no sentía violencia sino una paz extraña, artificial, una paz que me hacía caminar por un mundo irreal que yo no deseaba y que me producía mareos.

Quería salir de ella gritando que deseaba vivir, mas mi cuerpo, falto de fuerzas, se negaba a obedecer. Era como un fantasma flotando por los corredores, lastrado con pesadas cadenas.

Me sacaron de aquella maldita residencia de reeducación para señoritas bien y me metieron en un coche oscuro y grande. Me encajé en el asiento y vi el paisaje a través de la ventanilla.

Tuve deseos de agarrarme a los árboles que veía pasar para no proseguir aquel viaje, cuyo destino ignoraba. A mi lado, la directora y una celadora hablaban entre sí. Yo, aun oyendo lo que decían, no las entendía; tenía la sensación de que se hallaban distantes de mí, tan distantes como si viajaran en otro vehículo.

Al fin, el coche se introdujo por la puerta abierta en un muro en el que había unas palabras que no llegué a leer.

Allí encontré a otras muchachas que vagaban por la hierba como auténticos fantasmas. Apenas hablábamos entre nosotras. De cuando en cuando, inesperadamente, una gritaba y gritaba. Las demás sentíamos como terror a algo que se nos venía encima, como un monstruo que aleteara sobre nosotras, mientras sus garras nos buscaban. Nos arrojábamos al suelo, y algunas llorábamos; otras chillaban.

Las cuidadoras, aquí más tranquilas, nos llevaban de un lado a otro, de las habitaciones a los comedores. Una tarde, antes de que fuéramos al comedor, entró una cuidadora en mi dormitorio y me puso una inyección. No pregunté, nunca preguntábamos nada; era como si nada importase.

Yo seguía conservando la vocecilla de mi cerebro que me hablaba como desde un lugar distante, como si lo hiciera por teléfono.

Cuando volví a tener conciencia de que vivía, de que estaba despierta, lo primero que noté fue olor a cera, a incienso, a extrañas esencias, que jamás había olido.

Abrí los ojos y me vi tendida en una especie de féretro, sobre un catafalco.

Todo era negro, mas las llamas de gruesas velas rojas encendidas me iluminaban.

Estaba desnuda, totalmente desnuda.

Podía oír como rezos ininteligibles, incluso palabras más fuertes, que tampoco comprendía. Unas sombras fantasmales se me acercaron y vi que eran como monjes. Llevaban sayos con capuchas y, al verles los rostros, sentí un espanto qué heló todo mi cuerpo, un cuerpo que no tenía capacidad para huir. Eran rostros horribles, como pútridos. Seres escapados de sus tumbas y que mostraban oscuras bocas desdentadas.

Uno de ellos levantó un frasco ancho de cuello delgado y largo. Lo inclinó sobre mi cuerpo y me roció con un líquido verde y viscoso que resbaló por mi carne.

Deseaba gritar, escapar, mas algo me atenazaba dentro de aquel féretro, rodeada de seres horribles, que regurgitaban frases que no entendía, letanías que, aun sin comprenderlas, se me antojaban terribles y abyectas, oraciones satánicas.

No menos de seis pares de manos se abalanzaron sobre mi cuerpo inmóvil sobre aquel líquido verde y viscoso, que se había pegado a mi piel, y lo

esparcieron por mi cuerpo. Me manosearon la cara, el cuello, el pecho, los brazos, el vientre, las caderas, los muslos y así hasta los pies.

«¡Grita, grita!», decía la vocecita dentro de mi cráneo, una vocecita que semejaba irse apagando, como si cada vez se alejara más y más.

Noté que mi cuerpo adquiría temperatura, que todo él me escocía, y ellos se apartaron de mí.

Arribaron dos nuevas figuras, que debían corresponder a personajes más importantes o por lo menos así lo parecían. No vestían sayos, sino capas rojas y negras.

Una de ellas era una mujer; lo noté, pese a que su rostro era una especie de calavera. El otro, un hombre alto, terriblemente alto, ululó palabras desconocidas para mí.

Acercó sus dedos a mi cuerpo y me palpó a la altura del esternón, buscando con las yemas un punto determinado, que semejó encontrar. Al hacerlo, la intensidad de su voz aumentó. Entonces, yo, mirando como pude, tuve la sensación de que me abría, de que rasgaba mi piel. La sangre brotó. Metió la mano dentro de mi cuerpo, por debajo de las costillas, y noté aquellos dedos malignos en mi interior.

De pronto sentí como un ahogo muy fuerte que me obligaba a abrir la boca, mas no conseguí gritar en aquel instante. Después, un dolor horrible, un dolor que dejaría pálido el dolor de un parto.

Algo se desgajó dentro de mí, y entonces sí grité... Me oía a mí misma lanzando un alarido que semejó durar una eternidad y, mientras yo gritaba de aquella forma larga y desesperada, aumentaron las ininteligibles letanías.

Aquel sacerdote del Mal, de rostro seco, apergaminado, alzó lo que sus dedos me habían arrebatado.

Era mi corazón, mi corazón, que goteaba sangre, sangre que caía sobre mi propio cuerpo, mientras yo seguía gritando, sumiéndome en las infinitas tinieblas de lo desconocido.

El féretro comenzó a descender hasta quedar a nivel del suelo. Unas manos se tendieron hacia mí para que me levantara.

Busqué en mi pecho la horrenda herida por la que habían arrebatado mi corazón; vi sangre, más no había herida alguna, la piel se había vuelto a unir.

Alguien me puso entonces una capa negra, que llegaba hasta el suelo y se sujetaba por delante con una extraña cadena de huesecillos. Cogida por las dos manos, dirigida a derecha e izquierda, me enfrentaron con un altar, en el que no vi nada; mas alguien llevó una bandeja de plata ovalada y que no estaba vacía.

Sentí un estremecimiento al ver a un niño en la bandeja. En realidad, era un feto ya muerto, una masa blanca y rosada de ojos cerrados, un pequeño ser que no había llegado a ver la luz.

La mujer de la calavera me entregó un copón también de plata, que tenía piedras negras incrustadas, reverberando destellos iridiscentes a la luz de las velas.

El hombre que oficiaba el ritual, me ordenó:

—Viértelo sobre quien hubo de nacer y no nació, quien hubo de vivir y no vive...

Fue diciendo más cosas que no entendí. Carente de toda voluntad, vertí el contenido de la gran copa sobre el feto muerto. Cayó mi propio y sangrante corazón y lo miré como algo distante, algo que ya no me pertenecía.

De súbito, la bandeja se inflamó, llenándose de llamas azuladas que se elevaron muy altas. Noté el calor en mi rostro, mas no retrocedí, y a través de ellas vi ennegrecerse el feto y sobre él, mi corazón.

Una música de órgano, muy fuerte, lo invadió todo, mientras unas voces entonaban lúgubres cantos.

De pronto, todo semejó temblar. Era como si la tierra se abriera, las piedras se desgajaran y un terremoto hubiera entrado en acción. Fui alzada en el aire por muchas manos, que me impulsaron por encima de las llamas que consumían el contenido de aquella azafata de plata.

Pasé al otro lado del altar donde había sido arrojada, y me sentí caer y caer, en medio de ojos que me rodeaban por todas partes, ojos amarillos, rojos, verdes, ojos que semejaban burlarse de mí mientras yo rodaba.

Se escuchó un rumor que se fue transformando en un rugido que no era humano. Era algo bestial, que venía de lejos, muy de lejos, pero se acercaba, se acercaba, y yo seguía deslizándome hacia él, como poseída de vértigo, mientras docenas de ojos me rodeaban hasta que me sentí atrapada por algo que quemaba, por unas garras desconocidas.

Entonces...

—¡¡Aaaaaaaggg!!

* * *

Se siguió escuchando un suave, apenas perceptible siseo. El magnetófono a «cassette» produjo un chasquido y se detuvo automáticamente.

Las pupilas de Angie, de un limpio color azul, se clavaron, escrutadoras, en los ojos pardos rojizos de Dan Lastman, que se hallaba al otro lado de la mesa en que estaba el pequeño magnetófono que ellos habían estado escuchando atentamente.

—¿Qué opinas, Dan?

—Un relato escalofriante.

—Sí, de veras lo es, pero ¿qué opinas de él? —insistió la joven.

—Soy médico, pero todavía no psiquiatra. Es difícil de juzgar.

—Tienes conocimientos de sobra para dar una opinión.

—No, río lo creas. La mente humana es infinitamente más complicada de lo que solemos creer y, en muchas ocasiones, nos sorprende a nosotros mismos.

—¿Quieres decir a los psiquiatras?

—Me refiero al propio ser que recibe la sorpresa que le causa algo

provocado por su propia mente. Es muy difícil de explicar sin poner ejemplos concretos.

Angie alargó su mano y cogió la del hombre. En su gesto había algo de miedo y una clara petición de ayuda.

—¿Y si no estuviera loca, Dan?

—La palabra «loca» no define nada. Sí, es obvio que sufre alucinaciones, terribles alucinaciones.

—¿Y si no fuera una alucinación todo lo que está grabado aquí?

—Por favor, Angie, tú sabes que todo esto es imposible, absurdo. —Dan se removió en la silla, suspiró y buscó un cigarrillo—. Esa muchacha está desequilibrada. ¿Cómo puedes creer que carezca de corazón, que se lo hayan sacado, así por las buenas, metiendo los dedos dentro de su cuerpo? Absurdo, absurdo... El corazón es la bomba que hace que la sangre circule por todo nuestro organismo; si falla el corazón, no hay circulación posible. Además, si quitas el corazón de su lugar, extirpándolo según explica que se lo han arrebatado, se produciría una hemorragia incontenible y moriría en el acto.

—Pues no está muerta, tú has oído la grabación.

—¿Qué pretendes, Angie, tomarme el pelo?'

—No, Dan, lo que busco es ayuda.

—¿Ayuda? Podías haber recurrido a médicos importantes para lo que deseas.

—Es que he tenido miedo de que no me creyeran, como tú. Además, de ninguna manera dejaría a Sandra en sus manos para que !a trataran como a un cobayo para estudiar un fenómeno que la ciencia no puede admitir, de ninguna de las formas, porque va contra todas las leyes físicas y biológicas.

Dan Lastman parpadeó, el cigarrillo ya encendido osciló entre sus dedos. Al fin, preguntó:

—¿Quieres decir que tienes a esa mujer en alguna parte?

—Sí.

—¿Dónde?

—Aquí.

Incrédulo aún, el hombre insistió:

—¿En este apartamiento?

—Sí.

—Pero, Angie, esa chica está desequilibrada, ella misma lo admite en la grabación.

—Sandra no admite eso, ella dice que la han llamado loca.

—Viene a ser lo mismo, ¿no?

—Dan, no tiene corazón, no lo tiene.

—No puedes haberte creído semejante tontería.

—Lo que no puedo es dejar de creerlo.

Dan Lastman se levantó y chupó su cigarrillo con fuerza. Era un joven médico que deseaba especializarse en Psiquiatría. Angie también se había puesto en pie y miró hacia una puerta, una puerta cerrada.

—¿Está ahí? —preguntó él.

—¿Quieres verla?

—Angie, Angie... ¿De verdad piensas que alguien puede vivir son corazón?

—No lo hubiera creído jamás, pero la prueba está ahí dentro, al alcance de tu mano.

—Estás como alucinada —barbotó el hombre—. Está bien, tú ganas, la veremos.

Angie se adelantó y abrió la puerta de una alcoba, apenas iluminada por una lamparita piloto, que brindaba una luz suave, tranquilizante.

—Duerme.

—¿Entonces?

—Se ha tomado un tranquilizante. En realidad. Sandra se ha escapado y ha venido a refugiarse aquí.

—¿Por qué aquí?

—Sandra y yo, de niñas, fuimos compañeras inseparables. Al huir, al sentirse perdida, ha pensado que sólo yo podría creerla.

Sandra yacía en la cama, muy pálida. Respiraba débilmente, y sus brazos, por la postura, delataban que se hallaba dormida.

Dan se le acercó, y tomó una de las manos, que no ofreció resistencia. Trató de tomarle el pulso. Angie no apartaba sus ojos del rostro masculino. Dan fue moviendo sus dedos, ya nerviosamente.

—Tiene el pulso tan débil que no se le nota.

—No, Dan, no es que lo tenga bajo, es que no lo tiene.

—No insistas en lo mismo, Angie.

Le buscó el pulso en la sien y en el cuello, y tampoco se lo encontró.

—¿Te convences ahora?

—No, no quiere decir mucho que no le encuentre el pulso, si lo tiene muy débil. En fin, me gustaría escuchar su corazón con él oído.

—Puedes hacerlo.

Angie bajó el embozo de la sábana, mostrando el pecho de la joven, que yacía desnuda.

—Quizá no le guste lo que estamos haciendo —objetó el hombre.

—Estamos tratando de ayudarla.

—¿Míralo, ves? No tiene ninguna señal de heridas donde dice que le hurgaron para extirparle el corazón.

—Es cierto, pero yo he leído en alguna parte que en Filipinas existen curanderos que realizan esta clase de intervenciones. Hunden los dedos en el' cuerpo humano, luego cierran la abertura y no se nota nada.

—Sí, ya sé que cuentan eso de los curanderos filipinos, pero somos muchos los que no lo creemos. No hay dedos mágicos que abran la piel humana, extirpen un órgano o apéndice, y vuelvan a cerrar sin dejar huellas.

—Yo no entiendo de todo eso, Dan, pero aquí no hay cicatrices y, sin embargo, le quitaron el corazón. Ahora, Sandra se cree una sacerdotisa

diabólica.

Dan, que continuaba sin dar crédito a cuanto había escuchado, acercó su oreja al pecho femenino, colocándola entre los dos hermosos pero pálidos senos de aquella mujer morena, de cabellos largos y piel muy blanca. No pudo oír nada y comenzó a inquietarse.

—¿Puedes ayudarme a darle la vuelta? Es para auscultarla por la espalda.

—Sí, no creo que despierte. Está dormida muy profundamente.

—Con que se ponga de costado, será suficiente.

Dan pegó su oído a la espalda de Sandra, y la auscultó por varios puntos, buscando el ritmo cardíaco, los movimientos ruidosos de sístole y diástole. Inútil. Perplejo, se separó de Sandra, y se encontró con la inquieta mirada de Angie.

—¿Te convences ahora, Dan?

—No puedo creerlo, no puedo, es imposible.

—¿Por qué te niegas a creerlo, pese a comprobarlo?

—Me puede fallar el oído.

—¿Y los dedos?

—Sólo me lo creeré cuando pueda aplicarle un electrocardiógrafo, y también examinarla a través de rayos X.

—¿Y cuando los aparatos te demuestren que efectivamente no tiene corazón, que fue ofrecido a Satán, y que se quemó allí, lo creerás?

—Entonces, sólo entonces, hablaremos.

Angie volvió a colocar bien a su amiga en el lecho, cubriéndola por encima de los senos.

Como si adivinara lo que Dan estaba pensando, dijo:

—No está muerta. Dan, no está muerta.

—Si no fuera por la temperatura y la respiración que, aunque leve, la tiene, cualquiera diría que está muerta. Tiene la palidez de la muerte.

—No está muerta. Ya has oído la cinta y, cuando despierte, podrás hablar con ellas, si lo deseas.

—Está bien, hablaré con ella. Mañana volveré por aquí, y traeré algo para comprobar su estado. Si hay algún enigma, lo descubriremos y, si no te molesta, me llevaré la «cassette» para escucharla de nuevo.

—De acuerdo, pero que no se pierda. Es la confesión de una joven torturada.

—No te preocupes, mañana volveré. Esto ha de tener una aclaración lógica, y se la encontraremos.

Dio un beso fugaz en los labios de Angie, y abandonó el apartamiento. Al salir a la calle, observó qué había una neblina fría, y se estremeció bajo la gabardina. Tuvo la sensación de que su cuerpo sentía más frío del que era lógico.

Su auto se hallaba estacionado al otro lado de la calle, y las farolas iluminaban débilmente a causa de la neblina. Abandonó la acera para cruzar el asfalto, en busca de su coche, cuando sintió que algo se le echaba encima.

Instintivamente, saltó hacia atrás.

Un automóvil negro, con las luces apagadas, pasó rozándole. Recuperándose, se revolvió para gritar contra aquel asesino nocturno, pero ya había desaparecido entre la neblina, y la calle estaba como si no hubiera pasado.

Dan Lastman llegó hasta la acera, y se dio cuenta de que no había nadie en la calle, estaba completamente solitaria. Tuvo la inquietante impresión de que había saltado a una dimensión, a un espacio distinto. Sólo cuando se metió dentro de su automóvil, y escuchó rugir su motor, al pisar el pedal del acelerador a fondo, respiró, como despertando de una desagradable pesadilla.

CAPITULO II

El día amaneció triste. El sol, mortecino, no lograba ahuyentar el frío; no era un frío seco, ni podía decirse que fuera intenso, pero la humedad ambiental hacía que aquel frío se metiera más en el interior de los cuerpos humanos, hallando cobijo en los propios huesos.

La calle semejaba completamente distinta, vista a la luz del día, aunque fuera la luz de un día desangelado que, sin llover, no invitaba a pasear.

Dan Lastman detuvo el automóvil frente al edificio de apartamientos y, antes de abandonar el vehículo, lanzó una ojeada a la fachada. Era de ladrillería obra vista, y no parecía ajada. Era un buen edificio, moderno y bastante sólido, aunque no lujoso, ni mucho menos. Contrastaba con los edificios colindantes, de fachadas más grisáceas, y que delataban el paso del tiempo, de las lluvias, de los humos.

Tomó los dos maletines. Uno de ellos era un electrocardiógrafo portátil, que había pedido prestado para aquella mañana.

Cerró el coche, y anduvo hacia el edificio. El portero le conocía, y le deseó los buenos días, con una sonrisa.

Dan se metió en el ascensor de puertas de plancha de acero, muy brillantes, y subió hasta la planta quinta. Se enfrentó con la puerta del apartamento de Angie, y llamó al pulsador de campana electrónica. Tuvo que aguardar un tiempo, que se le antojó larguísimo hasta que, al fin, la puerta se abrió.

Angie apareció ante él, cubierta por una bata acolchada y cara de sueño, pero a los ojos de Dan seguía apareciendo bonita y atractiva.

—Ah, eres tú, Dan. ¿Cómo tan pronto por aquí?

—¿Tan pronto? Son las diez.

—¿Las diez?

—Sí. ¿No me dejas pasar?

—Sí, claro, claro, tomaremos café juntos. No entiendo cómo he dormido tanto, debía de llevar mucho sueño atrasado. Tendré que darme un duchazo para despejarme.

Ya en la salita, Dan descargó cuanto llevaba consigo.

—He traído el electrocardiógrafo y un estetoscopio electrónico, que aumenta los sonidos.

—¿Y para qué? —preguntó Angie, sin darle importancia, mientras se dirigía a la pequeña cocina.

—¿Para qué? Pues, para ver si su corazón funciona bien.

—¿Para ver si su corazón funciona bien? No te entiendo, Dan. ¿A quién te refieres?

—Pues, a la chica.

—¿Qué chica? —inquirió Angie, ya desde la cocina, mientras ponía en marcha el molinillo eléctrico.

Dan parpadeó, perplejo. Quedó pensativo unos instantes, y fue al

dormitorio. La estancia conservaba una temperatura cálida, y la cama estaba recién abandonada.

Se acercó al lecho, y lo palpó con sus manos. Notó que hacía muy poco que había reposado en él un cuerpo humano.

—¿Qué haces ahí? —le preguntó Angie.

—Acabas de levantarte de la cama, ¿verdad?

—Sí, claro.

—¿Y no había nadie más aquí?

—¿Quién podía haber? No tendrás celos, ¿verdad?

—¡Angie! —Se acercó a ella, muy grave, mirándola a los ojos—. ¿Qué broma es ésta?

—No te entiendo, Dan. Estás muy raro, esta mañana.

—¿Y Sandra?

—¿Qué Sandra?

—Tu amiga.

—¿Mi amiga Sandra? Dan, Dan, sé que no bebes, pero esta mañana estás muy raro, ¿no crees? Voy a ver el café.

Dan volvió a dar una ojeada a la estancia, como buscando algo significativo.

Cuando Angie tuvo dispuesto el café, lo llevó a la salita, donde Dan miraba la calle, ceñudo, a través de la ventana.

—¿Qué te sucede? Pareces enfurruñado. La verdad es que no te esperaba.

—Angie, ¿cuándo has recibido visitas?

—Pues, no sé...

—Dime, ¿cuál ha sido la última visita que has recibido? —insistió.

—Pues, hace tres días estuviste tú aquí.

—¿Tres días?

—Sí, tres días, lo recuerdo bien.

—¿Y ayer noche?

—¿Ayer noche? ¡Qué tonterías dices!

—¿De veras no te acuerdas de nada?

—Te estás poniendo muy pesado, Dan. Anda, tómate el café.

Bebieron el café, en silencio. De cuando en cuando, él la miraba de reojo. Ella parecía natural, sin problemas, aunque también podía notársele una laxitud anormal. Angie era una muchacha dinámica.

—¿Me dejas probar algo?

—¿Algo, como qué?

—Es un favor que te pido.

—¿Qué clase de favor?

—Como sabes, estoy haciendo prácticas, y tú podrías ayudarme.

—¿De qué forma, Dan?

—Una corta sesión de hipnosis.

—No, eso, no.

—¿Por qué? No te voy a hacer ningún daño.

—No, Dan; solos aquí, y tú hipnotizándome. No, no me gusta.
—¿No te fías de mí?
—Tú eres un hombre.
—Y tú, una mujer...
—Exacto.
—¿Me crees capaz de abusar de ti teniéndote en estado de hipnosis?
—No, pero eso de carecer de decisión propia, y quedar en manos de otra persona, no me gusta.
—¿Y si te doy mi palabra de que no te causaré ningún daño?
—Tú y yo hace dos, casi tres meses que nos conocemos; hemos salido juntos, y en ocasiones has venido aquí, pero no nos hemos acostado nunca juntos.
—No aprovecharía esta ocasión, palabra.
—Pero ¿por qué, por qué conmigo? ¿No tienes a otros compañeros de estudios, que se someterían, gustosos, a tales experimentos?
—Deseo comprobar si puedo hipnotizarte bien.
—¿Y luego sacarme todo lo que pienso, sin que me dé cuenta, sin que pueda poner barreras de precaución?
—¿Temes vaciar tu mente en mis oídos?
—Todos llegamos a pensar cosas extrañas. Tu pensamiento es tuyo, y el mío me pertenece; no me gustan cierta clase de experimentos.
—Palabra de honor que no te haré preguntas personales. Me gustaría que té fiaras más de mí, Angie.
Ella le miró muy fijo a los ojos. Suspiró y luego sonrió levemente.
—Está bien. Puede ser que después tenga que arrepentirme, pero será una vez y nada más. No repetirás la prueba conmigo.
—Sólo será esta vez. ¿Preparada?
—Un momento, un momento... —le atajó—. ¿Cuánto tiempo me tendrás hipnotizada?
—Muy poco, unos instantes quizá unos minutos.
—¿Nada más?
—Seguro, nada más.
—Dan, me voy a fiar de ti, aunque es posible que, si me haces una trastada, no llegue a enterarme nunca. ¿No es cierto?
—¿Te fiarías de mí, si fuera tu compañero?
—¿Si viviéramos maritalmente, quieres decir?
—Exacto.
—Sí, creo que sí, aunque, pese a todo, siempre hay reservas, lógicas intimidades.
—Hay personas que las tienen y otras que no.
—De acuerdo. Después de todo, será una experiencia excitante, y me someto a ella porque te considero un hombre con honor.
Dan fue hasta la ventana, y corrió los cortinajes, dejando la salita en una suave penumbra, que no molestaba en absoluto a los ojos.

Sacó de su bolsillo una especie de medallón de plata, que colgaba de una cadena; era ancho e incluso grueso. Estaba esmaltado en diversos colores. En su centro destacaba una piedra semipreciosa, de color azul intenso, que de pronto se iluminó. En realidad, el medallón llevaba en su interior una pila y una bombilla que daba luz a la piedra.

—Míralo.

—Es bonito.

—Míralo —le pidió Dan sin apremio, con suavidad, mientras le imprimía movimiento pendular, ante el rostro de Angie.

Dan observó cómo la lucecita azul que brotaba del medallón pasaba alternativamente de una a otra de las pupilas femeninas.

—Te sientes tranquila y cansada, tranquila y cansada, tranquila y cansada —fue diciéndole, muy despacio.

Angie no opuso resistencia, siguió dócil cada una de las indicaciones de Dan hasta que quedó hipnotizada.

—¿Te sientes bien ahora?

—Sí —respondió ella, con voz profunda.

No era la primera vez que Dan hipnotizaba, pero había dudado de su éxito, pensando que la joven podía tomarse a risa el experimento.

—¿Te acuerdas de ayer noche?

—Sí, me acuerdo.

—¿Recuerdas que me hiciste escuchar el magnetófono?

—Sí, me acuerdo.

—¿Recuerdas que tenías a tu amiga en la habitación? Angie vaciló, como si una fuerza extraña le impidiera sincerarse totalmente.

—Se llamaba Sandra. ¿Te acuerdas?

—Sandra, Sandra, Sandra Peel...

—Estaba en tu habitación, ¿verdad?

—Sí, sí, estaba en mi habitación.

—¿Tenía corazón tu amiga Sandra?

—No, no tenía corazón.

—Recuerdas que me diste la «cassette», ¿verdad?

—Sí, lo recuerdo.

—Yo me marché de tu casa. ¿Qué sucedió después?

—No recuerdo, estoy cansada. Tengo sueño, mucho sueño.

—Angie, ¿se marchó tu amiga?

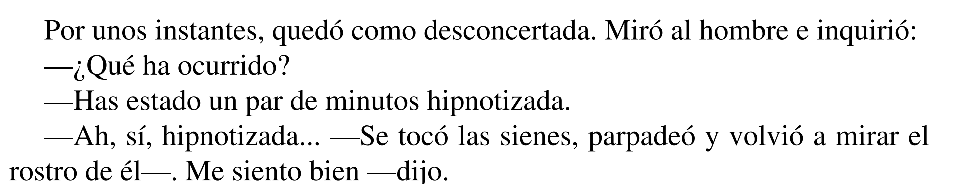
—No recuerdo, no recuerdo.

—¿Vino alguien a buscarla?

—No recuerdo, no recuerdo...

Dan Lastman observó que Angie se había puesto muy nerviosa, que estaba sufriendo. Por alguna causa, no deseaba o no podía recordar lo sucedido.

—Tranquilízate. Respira hondo, muy hondo... —Ella obedeció—. Ahora más despacio, más despacio... Cuando diga tres, y dé una palmada, despertarás. Uno, dos, tres... Dio una suave palmada, y Angie abrió sus ojos.



Por unos instantes, quedó como desconcertada. Miró al hombre e inquirió:

—¿Qué ha ocurrido?

—Has estado un par de minutos hipnotizada.

—Ah, sí, hipnotizada... —Se tocó las sienes, parpadeó y volvió a mirar el rostro de él—. Me siento bien —dijo.

—Es lógico.

—¿Qué he hecho, en realidad?

—Responder a algunas preguntas que te he hecho.

—¿Qué clase de preguntas? —inquirió, entre preocupada y casi divertida.

—Te he preguntado sobre ayer noche.

—¿Y qué podía interesarte de ayer noche?

—Mi presencia aquí, y también la de tu amiga Sandra.

—Ah, sigues con esa historia.

—Sí. Tu amiga Sandra estuvo aquí, y yo también. Sandra debió venir a buscar ayuda en ti, y se la ofreciste.

—¿Por qué te empeñas tanto en decir que ocurrió algo que no sucedió?

—Sí ocurrió. En estado de hipnosis, lo has admitido, pero algo en tu cerebro ha borrado lo que viviste, y lo ha enterrado en tu subconsciente, donde nada se puede borrar.

—¿Por qué tendría que olvidar lo que me dices?

—No has sabido explicármelo, pero ya lo averiguaremos. Tienes una antigua amiga, que está en problemas, y que, al parecer, ha desaparecido pero todo esto está muy oscuro. Si me hubieras dicho que ella se ha marchado, creo que, pese a todo, no le habría dado mayor importancia, y olvidaría lo sucedido, pero tu amnesia me inquieta.

—¿De verdad crees que sufro amnesia? —inquirió, preocupada.

—Sí.

—¿Me habré dado algún golpe que no recuerde?

—Es posible, pero también puede tratarse de otras cosas.

—¿Como cuáles?

—Que hayas sido hipnotizada o...

—¿O qué?

—Ante ciertos hechos horribles los seres humanos, en ocasiones, reaccionamos de una forma muy especial: Corriendo un espeso cortinaje sobre lo que nos ha afectado profundamente, y que ya no queremos volver a recordar.

—¿Y en qué ocasiones puede suceder lo que dices?

—Frente a una gran desgracia familiar, ante un asesinato, ante una acción en la que nosotros creamos que hemos actuado cobardemente y que, por nuestra causa, alguien ha muerto. Existen numerosos motivos, cada persona es un mundo distinto, y a todos no nos afectan las mismas cosas ni en idéntico grado.

Angie, muy preocupada, se dejó caer en la butaca. Se pasó la mano por la frente, con un gesto instintivo, como si tratara de lavar sus pensamientos.

—¿Crees que yo he cometido alguna acción tan desagradable como para no querer recordarla?

—Hay ocasiones en que los que sufren este barrido de la memoria no han cometido ninguna acción por sí mismos, sólo la han contemplado.

—¿Y qué puedo haber visto yo?

—Lo que está guardado dentro de tu cabecita.

Dan pensó en la «cassette» y, recordando cuanto en ella quedaba expuesto, las sensaciones tan desagradables vividas por la extraña Sandra, prefirió, por el momento, no hablarle de ello para no aumentar su inquietud.

—¿Te parece que juguemos a investigar, Angie?

—¿Investigar qué?

—Podemos buscar a tu amiga Sandra Peel, y ella nos dará la clave.

—¿Buscar a Sandra Peel?

—Eso es.

—Estoy muy desconcertada, Dan. Sabía que, si me hipnotizabas, tendría problemas.

—Los problemas ya están dentro de tu cabecita, ahora sólo hay que resolverlos. Un problema grave, encerrado en nuestro subconsciente porque tenemos terror de desenterrarlo, a la larga, puede ser muy peligroso.

—¿El principio de una locura?

—Mejor no pensar en ella. Anda, vístete, tengo la mañana libre. No te preocupes, todo se resolverá.

—¡Qué problema hacer amistad con un psiquiatra! —Suspiró Angie—. Termina una por creer que está loca. Por cierto, que July y Stella ya me advirtieron que contigo terminaría en un manicomio.

—Lo que sucede es que te tienen envidia.

—¿A mí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por salir conmigo.

—¿Sí que estás engreído! Anda, dame un beso.

Se besaron, y ella cerró los ojos, mientras le ofrecía sus labios carnosos y suaves. El hombre los absorbía, glotón, casi infantilmente, como un niño. Al terminar la caricia, Angie abrió sus grandes ojos. Buscó los de Dan, y preguntó:

—¿De veras no has abusado de mí, cuando estaba hipnotizada?

—¿Lo hubieras deseado?

—Canalla... Anda, sigue besando. Y volvieron a unir sus labios.

CAPITULO III

Nathaly Milis se sentía nerviosa, desasosegada y daba vueltas a su inmensa habitación, en la que había un biombo de ocho hojas, todas ellas espejos de distintos colores, azules, ahumados, rosados, amarillentos, espejos ante los que ella se había quitado varias veces el salto de cama negro para contemplar su cuerpo minuciosamente.

Desde su adolescencia, Nathaly Mills había estado en el mundillo del cine y del teatro.

Su nombre se había cotizado mucho, durante años.

Su imagen se vendía por sí sola, al margen de la historia que se brindaba a través de sus interpretaciones, aunque muchos críticos habían opinado siempre que Nathaly Mills no era una actriz, sólo una estrella, un «sex-symbol», que había ganado mucho dinero vendiendo su imagen.

El éxito de Nathaly se había apagado durante unos años, en los que vivió de sus rentas y de sus tres matrimonios, mas no había sido una mujer que, como otras colegas suyas, hubiera sabido no sólo guardar el dinero ganado, si no aumentarlo.

Nathaly Mills había ganado el dinero con facilidad, y con idéntica facilidad lo había gastado. Sí había emprendido algún negocio, siempre había resultado más o menos estafada. Como tantos, había confiado en las sonrisas y palmadas de falsas amistades que para Nathaly Mills habían sido sanguijuelas, que le habían chupado la sangre hasta engordar y engordar para luego desprenderse de su cuerpo, incapaces ya de chupar más. Y a Nathaly Mills incluso le había parecido divertido hacer ostentación de llevar tales sanguijuelas pegadas a su cuerpo, mientras chupaban y chupaban.

Hasta que la llamó a su despacho el director del Banco, Nathaly Mills no comprendió que se hallaba abocada a la ruina.

Le quedaban sus joyas, las piedras preciosas, engarzadas en vistosos brazaletes, diademas, collares, camafeos... Siempre había pensado que aquellas joyas eran su seguro, ante una posible miseria; mas, cuando llegó el momento de la verdad, comprendió que, aunque las alhajas eran valiosas, no lo eran tanto como ella había pagado.

Presentarse en casa de un joyero para vender algo con que quitar el rojo de su cuenta corriente, y poder seguir pagando su mansión y su tren de vida, había constituido una terrible decepción.

Recordaba haber soltado un insulto en la cara del joyero, que se limitó a sonreír sin replicarle. Aquel hombre sabía muy bien que ella estaba rodando por la pendiente, y era muy posible que él pudiera beneficiarse de esa caída. Siempre hay quién se enriquece con la desgracia del prójimo, y esa gente pertenece al gremio de las hienas y buitres humanos.

—Mistress Mills, si alguien no le da lo que yo, puede volver por aquí. Más de lo que le ofrezco, es imposible. Pago muchos impuestos de lujo, tengo

empleados, y los clientes no compran joyas valiosas todos los días; esto no es como vender panecillos.

Nathaly Mills había hecho el circuito de joyeros, e incluso en distintos países. Se convenció de que el primero que había catalogado como un ladrón era el que le ofrecía más.

—Cuánto vale una joya al comprarla, y qué poco, cuando la vendes —se lamentó, al desprenderse de varias piezas.

Lo que recibió, a cambio, habría significado una fortuna para una principiante en el mundo del cine, mas Nathaly Mills sabía que en la venta perdía casi el doscientos por cien sobre el precio pagado.

—Hay que restaurarlas, borrar las inscripciones, darles aspecto de nuevas, y todo eso merma la joya...

Nathaly había tomado el cheque, y con él se dirigió al Banco, donde la atendieron amablemente.

Comprendía que había llegado el momento de volver a saltar al mundo de las carteleras para reponer sus arcas vacías. Comenzó a llamar por teléfono y a recibir las primeras decepciones.

Gorda, vieja... Casi con amistosa ironía, le habían prodigado aquellas palabras, que ella consideró verdaderos insultos.

Acudió a un cirujano de estética, y éste hizo lo que pudo. Luego ingresó en una costosísima clínica, donde la habían adelgazado, pero aparecieron más arrugas en su piel, que ya había perdido la flexibilidad de la juventud.

Después del tratamiento adelgazante, tuvo que volver a! cirujano de estética, que le quitó unas cuantas arrugas más... Fue en busca de la juventud a la clínica de la doctora Asland, y se sintió mucho mejor, más recuperada, pero So máximo que consiguió es que sus antiguos promotores de cine le dijeran:

—Te conservas bien, Nathaly, muy bien. Cualquier día te llamo... Nada más llenaba su esperanza de volver al cine y al teatro.

Había entrado en una desesperada frustración, y en un hotel, del que no recordaba ni el nombre, cuando ya estaba borracha, había aparecido una mujer, que miraba con ojos desagradablemente gélidos, unos ojos que en ocasiones daban la impresión de estar vidriados, como muertos, y a ello colaboraba su extrema palidez. Se llamaba Diana, y le ofreció su ayuda.

Nathaly Mills, sacudida por el alcohol ingerido, se rió en la cara de aquella fría y escalofriante desconocida. Su carcajada se fue desvaneciendo, y Diana no se había alterado lo más mínimo ante sus risas, más sarcásticas que burlonas.

—Cuando me necesites, búscame —le había dicho Diana, sin prisas.

Nathaly volvió a verla en diversas ocasiones, pero siempre desde lejos, a distancia, sin que la enigmática mujer, que vestía de negro, se le acercara hasta que, ya precipitada en la caída de las estrellas, que solía terminar en muchos casos con los labios abiertos en torno al gollete de un frasco de somníferos, la llamó:

—¡Diana, Diana!

Nathaly Mills volvió a colocarse delante del biombo de espejos, y contempló una vez más su cuerpo. Estaba bien conservado, pero en un mundo que exigía excitación constante, y más en los últimos tiempos, en que el sexo desbordado, sin trabas, lo invadía todo, su cuerpo no tenía nada qué hacer. No podía competir con las nuevas estrellas que, por otra parte, tenían un fulgor más corto que el que ella había disfrutado.

—Si aceptas el ritual, con todas sus consecuencias, tendrás lo que buscas —le había dicho Diana.

—Sí, sí, lo que sea.

—No es fácil —le advirtió Diana—. No es fácil. La juventud y la belleza sólo se tienen una vez. Si quieres volver a poseerla, tendrás que arrebatársela a otro ser.

Nathaly sintió miedo unos instantes; luego, en su desesperación, viéndose ya en el umbral de la vejez, aceptó:

—Sí, sí, lo que sea.

Miró la hora en su relojito de pulsera, mientras se hallaba ante el espejo. Era lo único que llevaba encima, es decir, el reloj, dos brazaletes y unos pendientes, nada más sobre un cuerpo maduro, que muchas mujeres desearían, pero que para triunfar como ella pretendía, como una «sex-symbol», no era suficiente.

—Es ya la hora —suspiró.

Se puso un vestido oscuro y un abrigo de piel. Calzó sus pies con botas, y salió a la calle. Un automóvil negro, y muy grande, aguardaba junto al bordillo. Había oscurecido, y despacio, muy despacio, se levantaba una neblina, que daba a la calle un aspecto irreal, como de un sueño. Se abrió la portezuela, y una voz que reconoció de inmediato la interpeló:

—Nathaly Mills...

Se dirigió al coche, y penetró en él, cerrando la portezuela. Allí estaba la extraña Diana, a la que apenas podía ver, pues sólo llegaba hasta ellas la luz de una farola.

—Adelante —ordenó Diana.

Un chófer, cuyo rostro no vio Nathaly Mills, puso el vehículo en marcha, alejándose del lugar.

—Estoy muy nerviosa —dijo Nathaly, rompiendo el tenso silencio—. ¿Tardaremos en llegar?

—El tiempo es relativo. Lo que hoy nos parece mucho, mañana no es nada. Lo que para un niño en un parque de atracciones, es muy breve, para un condenado a muerte es una eternidad —respondió ambigua.

—Menos mal que se ha preparado para esta noche —rio Nathaly nerviosamente, tratando de escrutar a la extraña Diana, de reojo—. Mañana tengo que asistir a una reunión importante. Allí habrá directores con los que ya trabajé, y otros nuevos, jóvenes, de esos que triunfan ahora. Es mi oportunidad; si estoy bien, pueden darme algo importante. Posiblemente,

mañana o pasado deba someterme a algunas pruebas.

Diana no respondió, ni siquiera parecía interesarle lo que Nathaly Mills contaba.

Esta siguió hablando y hablando, sobre sus proyectos. En realidad, eran ilusiones en las que ni ella misma tenía mucha fe. En bastantes ocasiones se había sometido a un régimen adelgazante o a una operación de estética, confiando en el milagro.

Siempre se había sentido muy nerviosa, pensando en un rejuvenecimiento seguro. Luego había llegado la lógica frustración, por negarse a aceptar la realidad, el axioma de que todo lo que nace muere, por no aceptar el final de la madurez, con serenidad.

Nathaly perdió la noción del tiempo, mientras viajaba en el gran coche negro. Ya no se podían ver casas, a través de las ventanillas.

Tras atravesar una gran puerta, que se abría en un muro, rodaron por una larga avenida:, flanqueada de Oscuros y altos cipreses, tan tupidos que, en sí mismos, semejaban una barrera infranqueable.

Salieron de los cipreses, y el auto continuó sobre un piso de tierra.

Se habían introducido en un cementerio. Nathaly Mills pudo ver las tumbas, sus lápidas, gracias a la luz de los faros, que avanzaban rasgando las tinieblas.

Sintió miedo, pero no lo exteriorizó. Sus dedos se entrecruzaron nerviosamente, y notó sus manos y las palmas de los pies empañados en un sudor frío. Nunca le habían gustado los cementerios, y menos, cuando ya creía que iba a entrar en la vejez.

El automóvil se detuvo frente a una vieja capilla, mas Nathaly Mills no vio cruces por parte alguna, en las tumbas ni en la capilla.

—Hemos llegado —advirtió Diana, mientras el chófer quitaba el contacto, y se apeaba del automóvil.

—Pero, esto, esto es un, un...

—Cementerio.

—Sí, eso quería decir.

—No te equivocas, lo es ciertamente.

—¿Cuál, cuál es?

—Un cementerio sin nombre, un cementerio que posiblemente tú no conoces. Aquí acuden los perros cimarrones, en las noches de plenilunio, para aullar a los muertos olvidados, pues nadie viene a recordarlos.

—¿Y tiene que ser aquí? —preguntó Nathaly Mills, tragando saliva con dificultad, mientras el silencioso chófer abría la portezuela junto a ella.

—Sí. Será una ceremonia muy singular. Tú has llegado hasta este lugar porque exiges la belleza y la juventud para lo que te queda de vida, ¿no es eso?

—Sí, sí.

—Entonces, deberás aceptar lo que se te pida.

—Lo aceptaré.

—Si no lo aceptas, te marcharás. Nadie te hará nada, pero el día que mueras, tu cuerpo será arrebatado, allá donde quiera que fuera depositado, y traído a este cementerio de los olvidados, para que te aúllen los perros cimarrones.

Tuvo la sensación de que la espalda se le había mojado de sudor. Se apeó del coche, y el silencio era impresionante. Ya con el motor del auto detenido, no se oía nada.

Allí no había brisas que movieran las hojas de los árboles, no había grillos ni ranas o sapos que silbaran. No había más voces que las suyas, y ni siquiera el aullido de los perros cimarrones, de los que le hablara Diana.

—No hay luna —musitó Nathaly para romper aquel profundo silencio que tanto la inquietaba.

—Saldrá por detrás de la capilla, y oirás aullar a los perros cimarrones. Esta noche es plenilunio.

La enigmática Diana, de la que Nathaly no había conseguido averiguar nada, avanzó hacia la puerta de la capilla.

—Espera... —le pidió Nathaly.

—¿Qué? —preguntó, volviéndose parcialmente.

—Va a ser una misa negra, ¿verdad?

—Sí, un ritual de súplica y ofrenda al Príncipe de las Tinieblas.

—¿Dentro de una capilla?

—Es una capilla que jamás fue consagrada. Es nuestra, este lugar es todo nuestro.

Siglos atrás quemaron y enterraron aquí a servidoras del Príncipe de las Tinieblas.

—¿Un cementerio de brujas? —preguntó Nathaly, sin poder evitar que su voz fallara.

—Nadie te obliga a entrar ahí. Si quieres marcharte, puedes hacerlo aún. Luego, cuando el ritual haya terminado, y si te han sido concedidas tus súplicas, cuando salgas de la capilla, serás la mujer que deseas y tendrás el triunfo. Esta oportunidad sólo se ofrece a mujeres de mentalidad abierta como tú, mujeres importantes, mujeres que son conductoras de los sentidos de otros seres más inferiores.

—¿Otras como yo han pasado por aquí?

—Sí, mujeres importantes a lo largo de la historia, pero no me está permitido citar nombres. El triunfo de la belleza en el esplendor de la juventud, no tiene importancia; las hay, las ha habido y las habrá a millares en todas partes. Él triunfo cuando los años, las décadas han pasado, sólo lo alcanzan unas pocas, y quienes las envidian se preguntan si no habrán hecho un pacto con el diablo.

—Es verdad.

—¿Dudas aún?

—No, no, vamos adentro.

CAPITULO IV

La capilla satánica sorprendió a Nathaly Mills, que había creído que sería más pequeña, juzgando por la fachada de entrada.

Estaba débilmente iluminada por velas, y olía a cera y a incienso mezclado con extrañas y misteriosas hierbas, que al ser quemadas despedían un olor acre, que se pegaba al paladar. No había bancos ni sillas. La nave estaba vacía, y al fondo se alzaba el altar de granito negro. Tras el altar, se abría una compuerta de bronce que, por el color que tenía, semejaba estar candente.

Algo en el ambiente provocaba inquietud, algo flotaba formando parte del aire... Era como el calor y el frío que se introducía en los cuerpos.

—¿Eres tú Nathaly Mills?

—¡Ah! —ahogó un grito, al quedar sorprendida.

De un agujero oscuro salió un hombre extremadamente alto y delgado y más pálido que la propia Diana. Vestía también de oscuro, con una larga capa, que llegaba hasta el suelo.

—Sí, soy Nathaly Mills —asintió, temerosa.

—Es Werdelet, prior de nuestra hermandad de siervos del Príncipe de las Tinieblas.

Werdelet se acercó a Nathaly Mills. Alzó sus brazos, y puso las manos sobre la cabeza de la mujer, que no se movió, sintiéndose escrutada por aquellos ojos penetrantes.

—Has escogido el único camino posible para que tus deseos se hagan realidad.

—Desea la belleza y la juventud, que ha perdido por el paso del tiempo —explicó Diana.

—¿Eres capaz de ofrendar tu cuerpo y tu alma al Príncipe de las Tinieblas para conseguirlo? —preguntó Werdelet, sin apartar sus manos de la cabeza de Nathaly Mills, que se sentía sugestionada por aquel hombre, que transpiraba un poder muy superior.

—Sí, sí, porque quiero belleza y juventud.

—Si tus súplicas son escuchadas, tendrás juventud y belleza, pero sólo una juventud física; no perderás la experiencia que ahora tienes.

—Eso es muy importante para mí.

—Seguirás teniendo los mismos años, y tu muerte llegará el mismo día que tenga que llegar.

—¿Y cuántos años viviré?

—Eso sólo lo sabe la Muerte.

—¿Usted no lo sabe? —se asombró Nathaly.

—Ne, la Muerte es independiente, libre y anárquica. Lleva consigo el reloj del tiempo, y es muy caprichosa, porque sólo ella decide cuándo ya son suficientes los granitos de arena que han pasado por la estrechez central del reloj.

—Pero todo el mundo me verá joven y hermosa, ¿verdad?

—Sí.

—¿Seré amada y me contratarán en el cine?

—Supongo que sí.

—¿Comenzamos el ceremonial para suplicar el pacto al Príncipe de las Tinieblas? — interrogó Diana.

—Sí, podemos empezar. —Werdelet se encaró con Nathaly Mills—. Desnúdate.

—¿Desnudarme?

—Sí, desnúdate, y arroja tus ropas junto a la puerta; luego, regresa. Cuando haya terminado todo, podrás recoger tus ropas.

Nathaly Mills se sintió mal, pero estaba dispuesta a seguir adelante, a costa de lo que fuera, después de ponerse en contacto con aquellos extraños seres, que semejaban muertos vivientes o seres salidos del averno, que era lo que más temía.

Se desnudó, quedando como un par de horas antes se había visto en el biombo espejo de ocho caras. Llevó toda su ropa hasta la puerta, tal como le habían ordenado, y la dejó afuera.

Tuvo la impresión de que había ojos que la observaban, ojos a escasa distancia del suelo. Recordó los perros cimarrones de que le habían hablado, y dio un par de pasos hacia atrás. Desnuda como estaba, temía que se pudieran abalanzar sobre ella.

Al volverse, descubrió junto al altar un gran atril de alto pie que se apoyaba en el suelo, y en él que había cuatro grandes libros. Uno de ellos eran las Clavículas de Salomón, el otro el Santum Regnum, el tercero el Gran Grimorio, y el cuarto, un libro de páginas blancas, en las que no parecía haber nada escrito.

Werdelet se hallaba ante ellos, gesticulando, mientras una especie de barba rojiza escapaba por las comisuras de sus labios.

Su absoluta desnudez la hacía sentirse totalmente desamparada.

Los olores semejaban haberse acentuado, y comenzó a escucharse un aullido que no era de lobo, sino de perro cimarrón. El plenilunio debía haber asomado ya por encima de las tejas y las copas de los árboles, invadiendo de luz pálida las tumbas de aquel extraño cementerio de seres olvidados. Todo le parecía irreal, como una pesadilla.

Comenzó a escuchar más voces, voces que recitaban ininteligibles letanías a coro, letanías dedicadas al Príncipe de las Tinieblas.

Se volvió hacia la puerta, y vio que entraban unos seres que, a juzgar por sus sayos y capuchas, parecían monjes. El que iba al frente, más alto y erguido, la sobrecogió. Le oprimió tanto el corazón de miedo, que la víscera le dolió, obligándole a separar los dientes. Era un rostro de calavera, pero al notar que tenía los cabellos grisáceos, supuso que sería Diana, y eso la tranquilizó, porque el aspecto de la calavera era tan real que había creído ver en ella la resurrección de un muerto.

Comenzaron a girar en círculo alrededor de Nathaly Mills, convirtiéndola en eje, y no dejaron de dar vueltas, mientras seguían con sus letanías, que más que rezar semejaban regurgitar, como ya masticadas, sacándolas de sus estómagos.

Nathaly Mills no les había visto los rostros, a excepción de la calavera de Diana, que había quedado fuera del círculo.

—Nathaly Mills, Nathaly Mills, ¿me escuchas? —preguntó Diana, con voz muy profunda.

—Sí.

—Deberás escoger a uno de los seres que caminan alrededor tuyo,

—¿A cuál?

—Cierra los ojos, si quieres, y coge al que te quede más cerca. Su juventud y su belleza serán tuyas. Para conseguir ambas cosas, deberás arrebatárselas, de esta forma sellarás el pacto que te convertirá en sierva del Príncipe de las Tinieblas, a partir del momento mismo de tu muerte.

—Sí, sí... —Cerró los ojos, extendió las manos y apresó a uno de los extraños monjes por el brazo—. Este.

Todos se detuvieron. Werdelet ordenó:

—Descúbrela.

Nathaly Mills le bajó la capucha, y se horrorizó al ver aquel rostro de boca negra y desdentada, de piel a jirones, cabellos caídos a mechones... Era, sin duda., un cadáver en estado pútrido.

—¡Qué horror! —exclamó, estremeciéndose.

—¡Diana!

—Sí, Werdelet.

—Desnúdala.

Diana se acercó al ser escogido por Nathaly Mills. Tiró de sus cabellos con fuerza, arrancándole una especie de máscara, que dejó al descubierto el hermoso rostro de una mujer muy joven, lo que hizo suspirar y tranquilizar a Nathaly Mills. Diana también !e quitó el sayo, y la muchacha de ojos apagados quedó totalmente desnuda

—Esta belleza y esta juventud serán tuyas, si la súplica es aceptada por el Príncipe de las Tinieblas.

—¿Y ella, qué le ocurrirá a ella?

—Ella morirá a tus manos —aclaró Diana.

—¿Morir a mis manos? Qué horror, eso no; yo soy incapaz de matar.

—Nadie lo sabrá, nadie te acusará de su muerte. Será un asesinato impune, que sólo se cargará sobre tu conciencia, ésa es tu parte del pacto. Si quieres recibir juventud y belleza, deberás sacrificar a otro ser, un ser al que no conoces, del que nada sabes, y de cuyo nombre ni te enterarás.

—Que se acerque la elegida —ordenó Werdelet, el maestro del ceremonial satánico.

La muchacha, carente de voluntad, avanzó hacia el altar, las otras, que por su indumentaria semejaban auténticos cadáveres, la escoltaron, y Werdelet

ordenó de nuevo:

—Colocadla sobre el altar.

Nathaly Mills comprendió que ya no podía retroceder. Les siguió con la mirada, y pudo ver cómo los otros supuestos monjes satánicos tomaban a la muchacha escogida, y la depositaban sobre el altar, iluminado por velas rojas.

La joven quedó tendida sobre la piedra negra.

Werdelet se le acercó con un hisopo, y fue salpicándola con un líquido oscuro y viscoso.

Se volvió luego hacia Nathaly para ordenarle:

—Acércate. Ha llegado tu hora de súplica.

Nathaly Milis, algo vacilante, avanzó hasta quedar junto a la muchacha tendida sobre la piedra. Ahora se escuchaban claramente los aullidos lastimeros de los perros cimarrones, que vagaban por el cementerio de los olvidados, mientras la luna grande y redonda se desplazaba lentamente por un cielo plagado de estrellas.

—¿Qué, qué he de hacer?

Diana se aproximó al maestro de ceremonias, llevándole un copón de plata con engarces de pedrería negra, y también un estuche negro y alargado.

Werdelet abrió el estuche ante Nathaly, mostrándole su contenido: Una daga, que brillaba, y cuya empuñadura tenía unos símbolos indescifrables para ella.

—Tómala.

—Es que yo...

—Tómala —insistió Werdelet, tajante.

—Sí, sí —aceptó, al fin, en voz muy baja, tomando el puñal por la empuñadura.

—La muchacha está preparada para el sacrificio —anunció Diana, tras su máscara de calavera—. Su corazón ya fue ofrecido al Príncipe de las Tinieblas.

Werdelet ladeó el rostro de la joven, de tal forma que la cara quedaba opuesta a ellos, mostrando la garganta.

—Deberás darle un tajo en el cuello —dijo Werdelet.

—Soy incapaz —gimió Nathaly.

—Todos somos capaces de matar a nuestro prójimo. Cuando lo hagas, sellarás tu pacto con el Príncipe de las Tinieblas. Pasarás a ser sierva suya y pretendida por él. Gozarás de la hermosura de la juventud mientras vivas, de modo que, mientras cortes la garganta, mientras secciones las carótidas, suplicarás al Príncipe de las Tinieblas que te dé la juventud y la belleza de la muchacha que sacrificas para él.

La daga tembló en las manos de Nathaly. Sintiéndose empujada por varios pares de ojos, acercó el cuchillo a la garganta de la muchacha, una desconocida para ella, que se ofrecía, sin rebeldía, al criminal sacrificio. Gritó, desgarrándosele la voz en la garganta.

—¡Te suplico me des su belleza y su juventud!

Y dio un tajo en el cuello de la muchacha, que se estremeció, pero no escapó a su destino.

La sangre brotó, roja y cálida, sin borbotones, de una forma suave y continuada. Werdelet acercó el copón al cuello, y lo llenó con aquella sangre, dejando que el resto siguiera cayendo, mientras acercaba el copón a Nathaly Mills.

—Ahora beberás su sangre, mientras yo intercedo por ti al Príncipe de las Tinieblas para que te sea concedida tu súplica.

—¿Beber?

Nathaly vaciló, sin poder evitar aquel copón que le era materialmente colocado entre los labios, mientras Werdelet lanzaba al aire palabras oscuras, con voz muy grave.

Nathaly fue tragando aquella sangre que le repugnaba profundamente. Su participación en el crimen era total. Había asestado el tajo en la garganta de su víctima, y ahora bebía su sangre; era completamente culpable de la muerte.

Cuando separó la copa de su boca, ya yacía, teniendo en el paladar el sabor salado de la sangre, un sabor cargado de culpabilidad, observó con horror que la muchacha se había transformado en algo tan desagradable como repugnante.

El cadáver se había tornado como negro, y la fealdad era extrema; no parecía la misma persona.

—Tus súplicas han sido escuchadas —dijo Werdelet, que semejaba envuelto por una cortina de bruma amarillenta, que sabía acre.

Los aullidos lastimeros de los perros cimarrones habían aumentado de tal forma que semejaban un coro infantil cantado por millares de voces metidas dentro de la capilla consagrada al Príncipe de las Tinieblas.

Nathaly Mills se tambaleó, estando a punto de caer. Entonces, descubrió un ataúd en el suelo, y los que parecían muertos, y que eran muchachas como la asesinada, tomaron a ésta. La sacaron del altar y la introdujeron en el féretro. Lo cerraron y, levantándolo en el aire, salieron con él de la capilla para ir en busca de una fosa dónde sepultarlo.

—El Príncipe de las Tinieblas se ha apiadado de ti —le dijo Werdelet—, Recoge tus ropas y márchate, olvida lo sucedido aquí esta noche, y goza de tu juventud, de tu belleza. Cuando llegue el momento de tu muerte, hallarás a tu lado al Príncipe de las Tinieblas, del que ya eres sierva, y te llevará consigo.

Nathaly Mills tenía la impresión de que las paredes y el techo de la capilla se movían, de que sus piedras iban a caer sobre ella.

Tambaleándose, fue hasta la puerta. Recogió sus ropas y, con ellas en la mano, anduvo hacia el coche, metiéndose en él.

El chófer surgió entre las sombras. Sin decir nada, sin esperar a nadie, puso el auto en marcha, abandonando el extraño cementerio. Nathaly, jadeante, aterrorizada aún por cuánto había vivido, por su horrendo crimen, se lúe vistiendo:

El coche se detuvo frente al edificio en que residía. Bajó y, sin que hubiera

llegado a ver el rostro del chófer, el auto negro y grande se alejó, dejándola en la acera.

Un minuto más tarde, no estaba segura de si había soñado o lo que había vivido era una diabólica realidad.

Se metió en el ascensor. Subió a su lujoso apartamento, y se dirigió al dormitorio.

Se desnudó rápidamente, enfrentándose a los ocho despiadados espejos, que le devolvieron una figura sensual, de redondeces más que atrevidas, de gran atractivo. Su piel era tersa, su boca carnosa, de dientes bien alineados, ojos grandes y calientes, y una espesa cabellera negra y larga, que caía sobre su piel, muy blanca.

Era ella, Nathaly Mills, aunque, por un instante, se dijo que tenía un ligero parecido con la muchacha que había sacrificado en la ceremonia satánica para conseguir belleza y juventud.

Ante lo que creyó un gran éxito, comenzó a palparse a sí misma, incrédula por lo conseguido. Se echó a reír cada vez más y más fuerte, mientras su imagen giraba y giraba en los espejos del biombo de ocho caras.

Las carcajadas retumbaban, no sólo en las paredes, sino también en la bóveda craneana, donde residía ya una conciencia emponzoñada.

CAPITULO V

Dan Lastman detuvo el coche junto a la acera, frente a un moderno chalet de la Garden City.

—Hemos llegado. ¿Te ves con fuerzas?

Angie miró hacia el chalet, amplio y cómodo, una vivienda deseada y envidiada por el noventa por ciento de los habitantes de la metrópoli, pero que no estaba a su alcance, por el precio.

—No sé qué te propones exactamente, Dan.

—Encontrar a tu amiga Sandra.

—¿Y cuando la hayamos localizado?

—Hablaremos con ella; estoy seguro de que se halla en problemas.

—¿Cómo lo sabes? —Vaciló y volvió a preguntar—: ¿Te dije algo sobre ella, cuando me hipnotizaste?

—Sí, pero es mejor que no te lo cuente todo ahora. Tú eres amiga de Sandra, hace tiempo que no la ves, y deseas visitarla.

—¿Con qué pretexto? Puede ser que se nieguen a que la veamos.

—Puedes decirle, por ejemplo, que pronto nos casaremos tú y yo, y que deseas que venga a tu boda.

—¿Tú no me acompañarás?

—Mejor que no. Averigua dónde está, e iremos a visitarla.

—Dan, me siento rara, no sé si haré bien esta gestión. Me da la impresión de que hago algo absurdo.

—Créeme, tu amiga te necesita. Si la vieras atropellada en la carretera, agonizando, ¿la dejarías?

—No, claro que no.

—Pues, su situación puede ser pareja, pero no digas nada a su familia sobre mis sospechas.

—Está bien, iré a ver qué se puede hacer, pero deberías confiar un poco más en mí, y explicarme mejor lo que sospechas.

—Cuando encontremos a Sandra, te explicaré unas cuantas cosas, que tú ya sabes, pero que ahora guardas en tu subconsciente.

—¿Sigues con la idea de que alguien me ha hipnotizado, antes que tú?

—Sí.

—¿Quién pudo ser? Yo no recuerdo a nadie.

—Lo ignoro, pero terminaremos averiguándolo.

Angie se apeó del automóvil, y anduvo hacia el chalet. Cruzó la pequeña puerta que daba al jardín particular, y se internó hasta llegar al amplio porche, donde encontró a un hombre avejentado, que medio dormitaba, arrellanado en un gran sillón de anea, aprovechando el sol invernal y protegido del aire.

—Buenas tardes.

El hombre se volvió, sorprendido. Al ver que era una joven, y hallándose todavía medio adormilado, confundió a Angie con su propia hija.

—¡Sandra!

—No, no —sonrió ella—. Soy Angie, la amiga de Sandra.

—¿Angie... Angie?

—Sí, ¿no se acuerda? Iba al mismo colegio que Sandra y éramos muy amigas.

—Ah, sí, Angie —se levantó—. ¿Qué te trae por aquí?

—Venía a ver a Sandra.

—¿A Sandra? Qué lástima, no está.

—¿No está?

—No, hace tiempo que no vive conmigo. Ella no ha vivido nunca aquí, ya sabes que antes residíamos en otro barrio de la ciudad.

—Sí, ya lo sé, he estado preguntando, y me han dado su nueva dirección.

—Cómo pasa el tiempo, ¿verdad, Angie? —suspiró, ambiguo y amable.

Angie pensó que aquel hombre había envejecido mucho, desde que lo viera por última vez. No tenía tantos años encima para aquella senilidad tan prematura.

—Quería hablar con Sandra. Me carteé con ella en una ocasión, y me contó que iba usted a casarse de nuevo.

—Así fue.

—¿Y al casarse usted, se marchó Sandra?

—Sí. La verdad —suspiró, dolido— es que no aceptó bien mi boda. Se tornó muy intransigente, y cometió algunas diabluras.

—¿Graves?

—Sí. Se metió en el mundo de las drogas y algunas cosas más, pero es preferible olvidar.

—¿Fue a la cárcel?

—No, no fue a la cárcel, tuvo buenos abogados, pero...

—¿Escapó?

—No, no, trató de hacerlo y, antes de que se perdiera de forma definitiva... —Vaciló y, señalándole otro sillón, la invitó a sentarse—. No sé por qué te cuento todo esto, es muy reservado.

—Yo era gran amiga de Sandra.

—Lo sé, lo sé; la verdad es que necesito decírselo a alguien. Josephine no me deja hablar de este asunto, le molesta.

—¿Josephine es su nueva esposa?

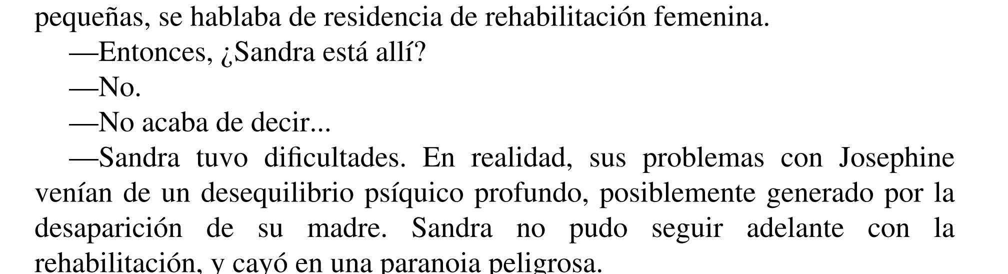
—Sí, no se llevaba bien con Sandra. La verdad, no sé si acerté o no al volver a casarme. Creía que sería rejuvenecerme un poco, y ahora me siento más acabado, a cada día que pasa.

—Pero ¿qué sucedió con Sandra?

—La interné en una residencia para rehabilitación de muchachas difíciles, un centro particular y muy costoso. No creas que era un reformatorio, no, era un centro con todas las comodidades, un centro donde podía reeducarse.

—¿Y cómo se llamaba ese colegio, es decir, cómo se llama?

—«Diana», sí, «Diana Institute». Bueno, hay más que eso, en letras


pequeñas, se hablaba de residencia de rehabilitación femenina.

—Entonces, ¿Sandra está allí?

—No.

—No acaba de decir...

—Sandra tuvo dificultades. En realidad, sus problemas con Josephine venían de un desequilibrio psíquico profundo, posiblemente generado por la desaparición de su madre. Sandra no pudo seguir adelante con la rehabilitación, y cayó en una paranoia peligrosa.

—¿Loca?

—Desgraciadamente, así es.

—¿Está en una clínica psiquiátrica ahora?

—Sí. Golpeó a varias vigilantes del instituto de rehabilitación; Josephine y yo la visitamos, y la pobre agredió a mi nueva esposa.

Angie, muy preocupada, inquirió:

—¿Lastimó a su madrastra?

—Unos arañazos en la cara, y le sentaron muy mal, como puedes imaginar. La directora del centro nos dijo que Sandra empeoraba, y que debía ser internada en un centro, digamos especial.

—¿Clínica psiquiátrica?

—Sí, pero muy particular, sin llamar la atención, y la propia directora nos recomendó un centro, adonde sólo van jóvenes con problemas semejantes.

—;Y Sandra está internada?

—Sí.

—¿Puede ser visitada?

—No, no es un lugar donde reciban muchas visitas. Está muy apartado de la ciudad, y no gustan de visitas para no dar publicidad a las mujeres allí internadas. Algunas familias que tienen allí a sus hijas, dicen a sus amistades que la chica está en el extranjero para que luego la reinserción en la sociedad sea más fácil, y nadie pueda señalarlas como a locas.

—¿Hace tiempo que no la visita?

—Sí, mucho tiempo. En realidad, no he ido a ese centro. Josephine no quiere que vayamos. Sólo faltó aquel ataque de furia para que terminaran de separarse.

—¿Y ese internado psiquiátrico, cómo se llama?

—Se llama Werdelet.

—¿Werdelet? Qué nombre más raro.

Un chirriante frenazo de automóvil cortó el diálogo. Al poco, una mujer alta, rubia y muy hermosa, entraba en el chalet, acompañada de un hombre también alto y de aspecto jovial.

—Vaya, tenemos visita —comentó la recién llegada.

—Es amiga de Sandra —aclaró su marido.

—Amiga de Sandra, ¿eh? Pues ya puede largarse.

—Josephine, por favor, no seas tan descortés con la muchacha —pidió el marido.

—¿Es que quieres que me acuerde de tu hija?

El hombre recién llegado puso cara de circunstancias, y se fijó mucho en Angie.

—Ya me iba —dijo la joven.

—No te la mires tanto, que te van a saltar los ojos —farfulló Josephine, molesta, encarándose con el hombre que la acompañaba.

—Mujer la chica es bonita...

—Será una loca como Sandra.

—Josephine no te tolero...!

—Cállate viejo —le espetó a su marido. Cogiendo por la chaqueta al hombre que la acompañaba, le dijo—: Vamos adentro.

—Espera... ¿Quién es este hombre que metes en mi propia casa? —interrogó el avejentado marido.

—¿Que quién es? ¡Qué estúpido! —se alejó riéndose, llevándose consigo a su amigo. Angie, mirando al padre de Sandra, se despidió de él.

—Adiós.

El viejo ni la escuchó; se quedó mirando la puerta de su propia casa, mientras, dentro, se escuchaban carcajadas.

Angie anduvo hacia la salida, y pudo oír unos golpes que le hicieron volverse. Descubrió al viejo, pegado a la puerta de la vivienda, golpeándola furiosamente.

—¡Abre la puerta, ábrela, mala zorra, ábrela!

Las hirientes risotadas fueron la respuesta y él, impotente, acabó dejándose caer en el sillón de anea, hundido, haciéndose más y más viejo, aceleradamente.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Dan, al sentarse Angie a su lado.

—Da lástima.

—¿Quién?

—El padre de Sandra. Acaba de llegar su mujer, una mujer joven.

—¿La rubia?

—Sí.

—¿Y el que acompañaba a la rubia es alguien de la familia?

—Supongo que su amante. Parece que prefiere utilizar su propio hogar para citarse.

—¿Con el marido en casa?

—Sí.

—Vámonos, esta casa huele muy mal.

Dan puso en marcha el auto, alejándose de la zona.

Angie le fue explicando cuanto había averiguado sobre Sandra. Dan escuchaba atentamente y, de vez en cuando, hacía alguna pregunta para concretar mejor.

—Todo coincide,

—¿El qué?

—Los datos que yo tengo concuerdan con los que acabas de darme.

—Dan, Dan, me tienes inquieta. Sabías que Sandra estaba en una clínica psiquiátrica, ¿verdad?

—Sí, y tú también lo sabías, sólo que no puedes recordarlo. Sandra se escapó de allí, y fue a refugiarse en ti, a pedirte ayuda. Tú se la ofreciste, pero luego ella desapareció, y tú lo has olvidado todo.

—No puedo creerlo, no puedo; me parece imposible que haya sucedido tal como dices.

—Cada vez tengo menos dudas, Angie. Ahora habría que visitar a Sandra, sin despertar sospechas.

—¿Qué puede ocurrir si alguien de esa clínica sospecha que tratas de averiguar algo?

—No lo sé, pero Sandra estaba pasando por una situación muy desagradable; tenemos que ayudarla.

—Me inquietas. —Movió la cabeza de un lado a otro, y al fin, preguntó—; ¿Qué te parece si voy a la clínica, acompañada, para no darle importancia al encuentro?

—¿Acompañada de quién?

—De July y Stella.

—¿Conocían ellas también a Sandra?

—Sí, mucho.

—¿Podrás convencerlas para que vayan?

—Creo que sí.

—Pues, inténtalo.

—Tú, como médico que estudia psiquiatría, serías el más indicado, ¿no?

—Es posible, pero prefiero que vayáis vosotras por delante. Un médico como yo es aceptado con recelo en una institución cerrada, de esa clase, salvo que vaya en representación de la familia de Sandra. Según lo que me digáis, hablaré con el padre de Sandra, y trataré de que me contrate, aunque sea simbólicamente, para que vaya a visitar a su hija y compruebe su estado.

—Ese contrato del padre de Sandra te abriría las puertas del internado, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué clase de clínica psiquiátrica crees que será esa Werdelet?

—Lo ignoro, y no había oído hablar de ella jamás. Clínicas así las hay de muy buenas para la recuperación de psicópatas, y las hay de muy malas, que sólo sirven como cárceles encubiertas para que las personas allí internadas, y olvidadas incluso por sus familias, jamás puedan salir ni molestar. Eso sí, cobran fuertes sumas por estas prisiones a perpetuidad para psicópatas molestos.

—¿Será en una de éstas donde han encerrado a Sandra?

—No tardaremos en averiguarlo.

CAPITULO VI

—No me gusta esto —protestó July, acomodada en el asiento posterior del pequeño automóvil, conducido por Angie.

—Anda, no seas pesada, se trata de visitar a Sandra —la apaciguó Stella, una joven pelirroja, de ardientes ojos y piel con pecas que no la afeaban, si no que le daban un aspecto simpático, a lo que ayudaba su cara, su carácter risueño y algo infantil, aunque era de temer cuando se enfurecía. Su ascendencia era irlandesa.

—Es que hace tanto tiempo que no veo a Sandra, que es posible que ni recuerde su cara.

—No exageres —le dijo Angie, sin perder de vista la cinta asfáltica, mientras buscaba el desvío para llegar a la clínica psiquiátrica de Werdelet.

—¿De veras está en peligro Sandra? —preguntó Stella, tocándose el cabello.

—¿Tú crees que no necesitarías ayuda, si te encontraras en una clínica?

—Ya tendría a los médicos y enfermeras que me cuidasen, ¿no?

—Sí, pero, en ocasiones, falta el contacto con la familia.

—Nosotras no somos su familia —objetó July que, obviamente, no realizaba de muy buena gana aquella visita.

—Somos sus amigas.

—¿Su padre no va a verla? —preguntó Stella, que se había puesto a mascar un chicle.

—No, no va a verla.

—¿Por qué?

—Está viejo.

July, desde atrás, rezongó:

—No es suficiente el estar viejo, puede visitarla lo mismo.

—El padre de Sandra está atrapado por su mujer. Es mucho más joven que él, y hace lo que quiere del viejo.

—Dijiste que metía hasta el amante en casa, delante de las narices del marido, ¿verdad?

—Sí.

—Pues terminará mal —dedujo Stella. July preguntó:

—¿Está toda la familia loca?

—Yo no lo creo, e incluso no entiendo que Sandra haya enfermado de la cabeza. Era una chica equilibrada —opinó Angie.

—Pues si está en la clínica encerrada, tú verás —rezongó July, que tenía el cabello trigueño claro.

—Debe haberse trastornado por algo que le ha sucedido, algo muy especial.

—¿El qué? —quiso saber Stella.

—No sé, trataremos de averiguarlo.

—Yo no he estado nunca dentro de una clínica de ésas para locos, y estoy algo nerviosa. Angie descubrió el desvío en aquella carretera de segundo orden, y se introdujeron por un camino vecinal en no muy buen estado, una carretera por la que no pasaba nadie y se hallaba bordeada por una doble hilera de árboles, cuyas copas se entrelazaban, formando una bóveda de follaje. Cuando llegaba el verano, apenas se podía ver el cielo; en cambio, ahora, al ser árboles de hoja caduca, mostraban sus ramas desnudas, formando como una barrera espinosa.

Avanzaron algo más de diez minutos cuando divisaron un muro de piedra, alto y sombrío, de apariencia infranqueable.

—¿Será ahí? —preguntó Stella.

—Seguramente —aceptó Angie, acercándose al muro hasta encontrar la puerta, que era de gruesos maderos bien unidos y sujetos con abundantes remaches de hierro, que parecían muy antiguos.

—Esto parece la entrada de un castillo —comentó Stella.

—¿No has dicho que era una clínica moderna? —preguntó July.

—Bueno, yo he dicho que era muy reservada y selectiva. Parece que ahí dentro hay chicas de familias importantes —explicó Angie, un poco decepcionada, pues creía que iba a encontrar una Clínica moderna, funcional y abierta, alegre.

—Ahí pone «Residencia Werdelet» —dijo Stella, señalando una piedra cincelada, en bajorrelieve, y que apenas podía leerse.

—Vaya rótulo, parece que tenga siglos —observó July.

Efectivamente, la piedra semejaba tener mucho tiempo, estaba erosionada por el paso de los elementos atmosféricos.

—Habrán utilizado algún establecimiento muy antiguo para esta clínica privada —opinó Stella.

July, más sarcástica, dijo:

—Así se aseguran de que nadie escape. Las familias que encierren aquí a sus locuelas, seguro que las tendrán bien guardadas.

—¿Qué hacemos, Angie? —preguntó Stella.

—Pues, ¿qué vamos a hacer? Anda, Stella, baja y llama al timbre.

—¿Yo, y por qué no tú?

—Porque yo llevo el coche.

—¿Y qué digo?

—Que venimos a ver a Sandra Peel, que somos sus amigas.

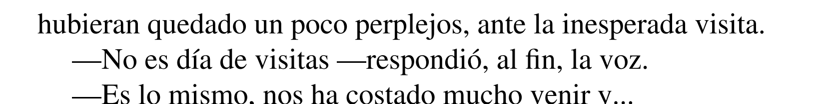
—No sé si resultará; esto tiene cara de cárcel —refunfuñó July.

Se apeó y se acercó a la puerta, observando que había un pulsador eléctrico. Llamó y no escuchó ninguna clase de sonido, por lo que supuso que el timbre que debía haber sonado, si es que había fluido eléctrico, debía estar muy lejos de la puerta. Al fin, se escuchó una voz femenina, dura y tajante:

—¿Quién llama?

—Somos tres amigas de Sandra Peel, y venimos a visitarla.

Hubo unos instantes de silencio, como si en el interior de la clínica



hubieran quedado un poco perplejos, ante la inesperada visita.

—No es día de visitas —respondió, al fin, la voz.

—Es lo mismo, nos ha costado mucho venir y...

—No es día de visita —repitió.

—Pues, ¿cuándo es día de visita? —insistió July, molesta.

No obtuvo respuesta. Regresó al coche, abriendo la portezuela que antes cerrara.

—No son muy amables, dicen que no es día de visita.

—¿Y cuándo es día de visita? —preguntó Angie.

—No me han respondido.

—Hemos hecho el viaje en balde —se resignó Stella—. Aunque, quizá sea mejor así; debe ser inquietante cruzar esa puerta y quedar al otro lado del muro.

—Pues, abrirán la puerta —dijo Angie, resuelta, comenzando a tocar el claxon.

—Vas a armar un escándalo —le advirtió Stella.

—Así abrirán.

Pasaron varios minutos, en que Angie continuaba accionando el claxon hasta el agotamiento de la batería, si era preciso. De pronto, se abrió una pequeña puerta en el gran portalón plagado de remaches, que le daban aspecto de fortaleza.

Una mujer alta, de amplios hombros, una mujer que estaría cerca de los ochenta kilos, y que debía poseer una tuerza nada normal en la especie femenina, salió, airada. Vestía una bata blanca.

—¿Qué tratan de hacer?

—Visitar a Sandra Peel —respondió July, que seguía en pie junto al coche, con la portezuela abierta frente a su cuerpo, a modo de coraza.

—Hoy no hay visita.

—¿Cuándo la habrá?

—Pero, veamos, ¿quiénes son ustedes?

—Amigas de Sandra Peel. Íbamos a la escuela con ella, y venimos a visitarla —explicó Angie, casi a gritos, asomando la cabeza por la ventanilla abierta.

—Sólo pueden recibirse visitas de familiares muy allegados, no se reciben visitas de amistades.

Angie concretó:

—Venimos a verla porque nos lo ha pedido su padre.

—¿Traen algún documento que lo acredite? —inquirió aquella forzuda de la bata blanca.

—No, pero si hace falta, iremos a pedírselo a su padre.

La mujer quedó pensativa durante unos instantes. Luego, dijo:

—Aguarden un momento, hablaré con dirección.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó July.

—Que nos dejarán pasar, ya lo veréis —dijo Angie, más animada.

Al fin, el gran portalón se abrió, y vieron a la forzuda de la bata blanca, que les hacía gestos con la mano para que pasaran. Angie se internó con el pequeño auto, y la cuidadora de la residencia volvió a cerrar el portalón.

Mientras el coche avanzaba hacia el edificio de la residencia, un grupo de perros, que superaba la decena, les rodeó furiosamente.

—Cuánto perro —se quejó July.

—Y son todos raros, bastardos —observó Stella.

—Si no estuvieran aquí dentro, diría que son cimarrones —opinó Angie.

Detuvo el coche frente a un gran zaguán. Todo, allí, parecía muy antiguo; piedras seculares, en un edificio de aspecto milenario. Sin embargo, aparte de los perros que rodeaban el coche, no se veía a nadie.

La mujer de la bata blanca llegó junto a ellas, tocando un silbato, que hizo que los perros se alejaran ladrando.

—Vengan conmigo —dijo a las muchachas, sin un ápice de cortesía.

—Oye, Angie, seguro que no nos morderán esos perros? —preguntó July, muy recelosa.

—¿No ves que se han ido?

—Sí, pero pueden volver.

Se internaron en el sombrío edificio, que más parecía un internado o un monasterio medieval que una clínica moderna, donde pudiera practicarse una cura psiquiátrica.

La mujer de la bata blanca los condujo a un despacho muy amplio pero umbrío, un despacho que tenía un hedor especial, como el que podía olfatearse dentro de un mausoleo.

Una mujer de rostro alargado y cabellos grises estaba tras el escritorio. Tenía unos ojos fríos, tan fríos que no semejaban humanos. Observó a las tres muchachas, mientras lo forzuda se retiraba hasta la puerta, y se quedaba allí, como montando guardia.

—¿Qué querían? —preguntó, seca, sin asomo de amabilidad.

—Venimos a visitar a nuestra amiga Sandra Peel —dijo Angie.

La mujer de los cabellos grises, que no era otra que Diana, la sacerdotisa que ayudaba en sus ceremonias al prior de la orden de los siervos del Príncipe de las Tinieblas, preguntó:

—¿Quién les ha dicho que Sandra Peel está aquí? Angie volvió a responder:

—Su padre.

—¿Les ha pedido él que vengan?

—Sí —asintió Angie, con firmeza.

—Bien, bien, de modo que son amigas de Sandra Peel.

Se levantó, rodeando la mesa, y las jóvenes se percataron de la elevada estatura de aquella mujer inquietante, con un aspecto que repelía, sin saber exactamente por qué.

—Parecen ustedes tres chicas independizadas.

—Es que lo somos —respondió Stella, como vanagloriándose de esa

circunstancia.

—¿No viven con sus familiares?

—¿Importa eso algo para la visita? —preguntó Angie.

—No, no importa demasiado, pero debo asegurarme de quiénes visitan a las internas. Como ya sabrán, no son muchachas muy normales en su conducta. Se diría que alguna de ellas es bastante peligrosa o mejor diría, muy peligrosa.

—¿Sandra lo es? —preguntó July.

—Sandra es una paranoica, y todas las paranoicas son peligrosas.

—Queremos verla, para eso hemos venido —insistió Angie.

—Comprenderán que no puedo abrir las puertas de este centro a cualquiera que venga. Deberán mostrarme sus identificaciones.

—Está bien —aceptó Angie, abriendo su bolso.

Sus compañeras, mirándola de reojo, la imitaron. Al poco, Diana tuvo las tarjetas de identidad de las tres en sus manos. Las leyó, observando los nombres y las edades, y dejó los carnets sobre la mesa diciendo:

—Síganme; cuando salgamos, les devolveré sus tarjetas.

Abandonaron el gran despacho, y pasaron a una sala. Atravesaron una puerta pequeña, y descendieron unas escalinatas; la mujer de la bata blanca cerraba la marcha.

Se introdujeron en un túnel, que tenía altas ventanas de vidrios policromados. El corredor, que debía unir dos partes de la edificación, resultó largo, y en él pudieron oír muy bien sus pasos. Al fin, una gruesa puerta fue abierta. Angie preguntó:

—¿Esto era antes un convento?

—Algo semejante —se limitó a responder Diana.

—No parece un lugar muy relajante —suspiró Stella.

—Es siniestro —gruñó July.

—Pues aquí, aunque no lo crean, se celebraban auténticas orgías.

—Sería gente de mentalidad muy retorcida. Y eso que siempre dicen que 1a juventud de ahora está podrida —opinó July.

Tras la puerta, quedó una amplia escalinata descendente, y llegaron a una sala, iluminada por luz eléctrica, una luz escasa, que hacía que las paredes y los techos se vieran más oscuros de lo que realmente eran. Cruzaron otra gruesa puerta, con una mirilla enrejada, y se internaron en una galería, a la cual se abrían puertas a ambos lados. Poseía un techo muy alto, con una bóveda circular en su centro, que estaba encristalada, y por la que se filtraba la pálida luz del invierno.

Aquel lugar sería el destinado a las celdas de posibles monjes o monjas conventuales del Medioevo, celdas inaccesibles desde el exterior. Ahora se hallaban silenciosas, no parecía haber nadie, pero esa sensación de soledad apenas duró unos instantes porque pronto quedó rota por un chillido largo y espeluznante, que sobrecogió a las tres muchachas.

El alarido, que terminaba desgarrado, fue respondido de inmediato por

otros gritos y carcajadas psicopáticas.
—Qué horror —musitó July, por lo bajo.
—Ya sabían que esto era una clínica psiquiátrica para muchachas —les dijo aquella extraña mujer, de cabellos largos y grises, que transpiraba frialdad.
Quedaron ante el umbral de una de aquellas celdas cuando, inesperadamente, se vieron empujadas por una violenta fuerza, que las avasalló y que por la sorpresa con que se les había venido encima, no pudieron repeler.
Entre quejas y gritos, se vieron empujadas hacia el interior de la celda por la forzuda mujer de la bata blanca que, tras darles el último empellón, se apresuró a cerrar la puerta.
—¡¡Noo!! —gritó July, pasando la mano por el quicio de la puerta.
Aulló de dolor, y la sangre manchó su muñeca al presionar la mujer de la bata blanca con su cuerpo.
—No le arranques la mano —ordenó Diana.
La vigilante cedió ligeramente, July, dolorida, con el antebrazo desollado, apartó su mano, y la puerta quedó encajada. Pasaron el cerrojo, produciendo un tétrico chasquido, que aterrorizó a las tres sorprendidas muchachas.
—¡Abra, abra! —gritaron, golpeando la puerta de madera.
Lo que abrió Diana fue una mirilla, a través de la cual podían verla, ya que la celda tenía luz, aunque escasa, pues provenía de una aspillera muy alta, en forma de medio circulo, y además, enrejada.
—Habéis venido a ver a vuestra amiga Sandra, ¿verdad?
—¡Sí, abra, abra! —gritó Stella.
—¿Qué broma es ésta? —inquirió Angie, más asustada que sus amigas, pues ya sabía algo, por las palabras de Dan Lastman, y también porque algo dentro de su cerebro le decía que ella había visto aquel rostro antes, mas no recordaba dónde ni cuándo. De lo que sí estaba segura es de que era un ser maligno.
—A vuestra amiga Sandra no la podréis ver.
—¿Por qué, por qué? —preguntó Stella, al borde de la histeria, provocada por aquel súbito encierro en un lugar tan inquietante.
—Porque Sandra ya ha muerto, y está sepultada en el cementerio de los olvidados; los perros la aullarán en las noches de luna llena, y su espíritu estará sirviendo a Satán, nuestro Príncipe de las Tinieblas.
—¡No puede ser, no puede ser! —gritó ahora Angie.
—¡Abra, abra! —chillaba Stella, dando inútiles patadas contra la gruesa puerta que, aunque era de madera, casi tenía tres pulgadas de espesor.
—Seguramente, en esta celda han muerto otras mujeres hace siglos, es una celda sólida. Estáis bien encerradas.
—¡Nos vendrán a buscar! —amenazó Angie.
—¿Quién?
Angie comprendió que aquélla era una pregunta muy intencionada.

—¡La policía!

—¿La policía? —se rió, sarcástica, Diana—. La policía jamás ha entrado en este lugar, y hace siglos que yo estoy aquí.

—¿Siglos? ¡Está loca, loca! —Gritó Stella—. ¡Está loca!

Las voces de las muchachas, sorprendidas y encerradas en la celda, se mezclaban con los gritos histéricos, casi demoníacos, de las internas.

—No, no estoy loca. Ya conoceréis a Werdelet; él hace mucho más tiempo que está aquí, Werdelet está fuera del tiempo. No resulta fácil capturar a tres muchachas jóvenes y bonitas; serviréis bien para los ceremoniales. Dentro de poco, os habréis convertido en siervas del Príncipe de las Tinieblas.

—¡Suéltenos o se arrepentirá! —amenazó Angie.

—Estúpida niña nacida para la mortalidad física, porque vuestros cuerpos se corromperán en la tierra del cementerio de los olvidados y vuestros espíritus pasarán al servicio del Príncipe de las Tinieblas.

—¡¡Abra esa puerta!!

—Volveremos a vemos. Espero que no paséis mucha hambre ni sed, la verdad es que aquí los días se hacen muy largos, terriblemente largos. —Y cerró la mirilla.

Las tres muchachas se abalanzaron de nuevo contra la puerta para golpearla hasta que se convencieron de que sus golpes y gritos de protesta eran inútiles.

—¡Angie, Angie! ¿Adónde nos has traído? —preguntó Stella, entre sollozos.

July, con el antebrazo herido, lloraba de dolor, de angustia y también del terror, que comenzaba a meterse en su cuerpo.

—No sabía nada de esto, ¿cómo podía sospecharlo? —musitó Angie, con tono de impotencia, y pidiendo disculpas a sus amigas.

—¿Qué es lo que quieren, Angie, qué es lo que quieren? —repitió July, sosteniéndose el brazo herido.

—No lo sé.

—Si Sandra ha muerto —dijo Stella, entre sollozos— nos matarán a nosotras también,

—No digas tonterías, Stella. ¿Para qué querrían matarnos?

—Angie, ¿es que no te has dado cuenta de que esa mujer está loca de remate?

—Sí, sí, lo parece, pero...

—¿No ves que habla de siglos, de muerte, del Príncipe de las Tinieblas, del cementerio de los olvidados...? ¿Crees que puede estar en su sano juicio?

—No, July, no está en su sano juicio; eso es evidente.

—Y si ella está loca, y somos sus prisioneras, ¿qué ocurrirá con nosotras? —se preguntó July, mirando las cuatro paredes y luego el alto respiradero enrejado, que ignoraba dónde podía ir a parar, aunque penetraba una tenue luz por él.

—No se me había ocurrido jamás que terminaría secuestrada por unas

locas. Quién sabe lo que nos espera, quizá torturas de las que se estilaban en el Medioevo, tenazas, sierras, el potro, latigazos, arrancar los pechos con garfios...

—¡Cállate, July, cállate, cállate! —gritó Stella, fuera de sí.

Los gritos de la muchacha fueron coreados por otros gritos, que transpiraban locura, aunque, debido al espesor de puertas y paredes, llegaban ahogados.

—Angie, tú nos has traído aquí, dinos cómo saldremos.

—Vendrán a sacarnos.

—¿Quién?

Angie estuvo a punto de hablar, pero se contuvo. Recordó con qué facilidad la habían hipnotizado, y decidió que era mejor que sus compañeras no supieran nada para que no hablaran, en el supuesto de que fueran hipnotizadas también.

—No sé, la policía quizá; notarán nuestra falta.

—¿Quién, quién, si vivimos independientes? —se lamentó Stella.

—El brazo me duele horrores —sollozó July.

—¿Qué podemos hacer por ti?

—Nada, aquí no hay nada para curar.

—Si alguien pudiera ver mí coche —musitó Angie.

—¿Ver tu coche, con los muros tan altos que rodean este edificio? Imposible —denegó Stella, llorando convulsivamente.

Angie abrió su bolso y buscó. Las llaves del coche no estaban, y recordó haberlas dejado en el propio automóvil. Encontró un sobre de fósforos, que mostró a sus compañeras de cautiverio,

—¿Qué os parecen?

July y Stella se miraron entre sí, no comprendían.

—¿Es que quieres fumar ahora?

—No, se me ha ocurrido que aún tenemos una oportunidad.

—¿Una oportunidad, de qué? —preguntó Stella, enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano, que ya estaba empapado.

—Podemos quemar la puerta.

—Eres muy ingenua, ¿no? —gruñó July, conteniendo como podía el dolor de su brazo, que se intensificaba.

—No lo creas.

Angie se acercó a la puerta, y por debajo de donde creía que debía estar el cerrojo encendió un fósforo. Hizo que la llama lamiera la madera, mas se apagó, sin conseguir que prendiera la puerta.

—No lo conseguirás —se lamentó July.

—Os equivocáis —replicó Angie.

Volvió a encender otro fósforo, y lo acercó al lugar que ya había adquirido un poco de calor por el intento anterior. Así fue probando hasta el cuarto fósforo, que agrandó su llama, y la madera de la puerta se prendió. El fuego comenzó a extenderse.

—¡Angie, Angie, tengo miedo, nos vamos a quemar! —exclamó Stella.

—No nos quemaremos —dijo, aunque ella misma no estaba segura de que así fuera. El humo comenzó a invadir la celda, y las tres muchachas empezaron a toser.

Las demás mujeres recluidas en aquellas celdas, legado de tiempos oscurantistas y preñados de una maligna perversidad, comenzaron a gritar con más fuerza que antes, desesperadamente, olfateando el humo, como lo haría una fiera enjaulada.

CAPITULO VII

El profesor Hallower escuchó la grabación de la cinta a «cassette», ofrecida por Dan Lastman, sumido en un gran silencio, en una profunda atención que semejaba todo lo contrario, pues cualquiera, al verle arrellanado en la butaca de altas orejeras, con los ojos cerrados, habría podido pensar que estaba durmiendo.

Dan Lastman confiaba mucho en el profesor Hallower. Había sido su maestro, y por él, se había interesado profundamente en la psiquiatría.

El anciano psiquiatra ya tenía pocos poderes físicos, aunque conservaba una gran lucidez mental. Estaba jubilado y alejado de la facultad, en la que aún, pese a no tener ya cátedra, se le consideraba una institución en sí mismo.

Solía recibir bastantes visitas en su hogar, situado a las afueras de la ciudad, una casa algo fría en calefacción, pero muy cálida en cantidad de libros, ya que su biblioteca particular podía considerarse como una de las mejores de la nación.

Dan aguardaba la opinión de su anciano profesor, no en vano éste había caminado incluso por senderos paralelos a los de la Ciencia para mejor investigar los fenómenos que se le presentaban, y que los manuales de psiquiatría no sabían resolver en ocasiones, manuales que solían etiquetarlo todo con nombres técnicos, que realmente no solucionaban nada.

Hallower era un erudito en temas tales como demonología, magia blanca, magia negra, vudú, hechicería de todos los tiempos, y en la nueva pseudo-ciencia que era la Parapsicología, donde abundaban hombres de buena fe, ansiosos de desentrañar los misterios, entre los que se mezclaban muchos payasos y fantasmones, deseosos de ganar popularidad y dinero, embaucando a los ingenuos y a los marginados por deficiencias físicas, y que buscaban una salvación que la ciencia ortodoxa negaba.

Después de que el pequeño magnetófono de parada automática se hubiera detenido, el profesor Hallower permaneció unos minutos en silencio.

Dan Lastman le conocía, y no le apremió. Se limitó a encender un cigarrillo y a fumar con parsimonia, esperando a que su profesor abriera los ojos, pues él sabía muy bien que no había dormido, como cualquier otro quizá hubiera podido pensar, nada más verle.

—Muchacho, has conseguido una grabación excepcional.

—¿Usted cree, profesor?

—Sí.

—¿Por...?

—Si llevas esta grabación a la facultad, a la clínica de psiquiatría, posiblemente te dirán que es un fraude o, si la admiten como cierta, te hablarán de una enferma de autismo alucinatorio, con morbosidades masoquistas y unas cuantas cosas más.

—Pero usted no opina eso, ¿verdad?

—No.

—¿Puedo conocer su opinión?

—Sí, claro que sí. Has venido a consultarme, y lo has hecho con absoluta sinceridad; es justo que yo te diga lo que pienso sobre lo que he oído.

Dan dio una larga chupada al cigarrillo, luego preguntó:

—¿La cree sincera?

—Sí, creo en la sinceridad de lo que ha contado esa voz femenina.

—¿No puede haber superchería? La ausencia de corazón en esa joven.. Bueno, la verdad no acabo de creerlo.

—Tú la auscultaste ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Oíste su corazón?

—No.

—¿Notaste sus pulsaciones?

—No.

—¿Entonces...?

—Podía ser un truco. Sé de gente que casi ha llegado a paralizar su ritmo cardíaco; un ataque de catalepsia puede dar esos síntomas.

—En un ataque de catalepsia, el corazón no se detiene, aunque lo parezca.

—También pudo parecérmelo a mí. Al día siguiente, cuando tenía que asegurarme con el electrocardiógrafo, ella ya no estaba.

—No he visto a esa muchacha, como tú has tenido la oportunidad de verla. La verdad es que, como científico, has tenido mucha suerte; esos casos no se les presentan a todos.

—Profesor, noto que usted ya tiene una opinión, pero que duda en dármela.

—Muchacho, lo que te voy a decir, no lo diría en la facultad.

—¿Por qué?

—Hallaría demasiada incomprensión y burlas, dirían que chocheo; pero he visto ya mucho y he hurgado en infinidad de libros, especialmente en códices muy antiguos. Hablar hoy de demonología no parece nada serio, suena casi a «snobismo» oportunista.

—Es cierto, en la actualidad, proliferan las sectas satánicas y las reuniones de brujería.

—Sí, pero la mayoría no son más que meras payasadas, de gente que se aburre, y en esa especie de carnaval que llevan a cabo, aprovechan para celebrar orgías sin inhibiciones, ya que toman alucinógenos. Se aburren y, por una noche, viven orgías casi desesperadas, que luego, no lo dudes, terminan lamentando.

—Sí, matrimonios rotos, mesas redondas sexuales, cambios de pareja, todo síntomas de aburrimiento y frustración, propias de gente que no ha sabido autorealizarse, aunque ellos crean que sí. Habrán alcanzado puestos altos en la sociedad, pero no son más que frustrados y esclavos de sus ambiciones.

—Eso es, pero también existen, han existido y existirán verdaderos

ceremoniales dedicados a Satán.

—¿Cree en Satán?

—Creo en el Genio del Mal, llámese Satán, Diablo o de cualquier otra forma, eso depende del tipo de cultura, civilización o lengua, nada más. A través de los milenios, desde la noche de los tiempos, ninguna civilización o cultura ha dejado de pensar en ese genio del mal.

—¿De verdad cree que el diablo interviene en esas ceremonias?

—En todas, no, por supuesto. La mayoría son fraudes o payasadas carnavalescas, pero sí hay ocasiones en que el ritual satánico tiene lugar, es más, el ministro celebrante puede ser uno de los miembros de la corte del Príncipe de las Tinieblas.

—Me sorprende, profesor Hallower. Habla usted como lo haría un clérigo de hace uno, dos o más siglos.

—Lo sé, pero te hablo a ti en confianza. Ya te he dicho que no me comprenderían, en la facultad. Vivimos en una época de incredulidad, por un exceso de credibilidad en la ciencia; por eso cada vez que se produce un fenómeno extraño, desde la aparición de un UFO a lo que pueda ocurrir en un aquelarre satánico, quedamos desconcertados. No hay que rechazar la ciencia, por supuesto que no, pero hay que tener en cuenta, también, que existen fenómenos que la ciencia no puede explicar, y no es válido hacer un silencio absoluto entonces. Cada vez que la ciencia realiza un descubrimiento importante, se da cuenta de que, tras el descubrimiento y la solución de un problema, se le aparecen cien más, que ignoraba y, siguiendo esta forma de avanzar, resulta que sabemos más que ayer, pero también tenemos muchos más enigmas que resolver. A medida que avanzamos, sabemos más, pero nos vamos dando cuenta de que sabemos menos. No es cierto que, dentro de un siglo, el hombre habrá resuelto tantos problemas científicos que ya quedará poco por descifrar; todo lo contrario. Entonces estaremos hechos un verdadero lío, serán tantos los enigmas a descifrar, que da pánico sólo pensarlo, y se tendrá que recurrir de nuevo a las religiones que, a! fin y al cabo, lo que exigen es que el hombre sea menos arrogante.

—¿Opina que la ciencia pura nos lleva a la destrucción?

—Si no compaginamos esa ciencia con la humildad y la aceptación de los fenómenos que no comprendemos, quizá.

—¿Cree que al Príncipe de las Tinieblas no se le toma en serio?.

—No, y debería tomársele, porque existe. Yo no lo veo como lo pintan en los cuadros de la época oscurantista, como a un fauno o macho cabrío. Es una fuerza o energía negativa, que se apodera de nosotros en singular o en plural, es decir, en grupo… Sólo así pueden comprenderse las aberraciones que ha cometido la Humanidad, en sus guerras. ES genio del mal, como yo lo llamo, empuja a caer, y una vez el ser humano está caído, se apodera de él, y lo hace rodar por la pendiente, embruteciéndolo hasta convertirlo en un ser despreciable.

—Pero ese diablo puede acabar con la vida de seres inocentes.

—Puede ayudar a su muerte, aunque no es el genio del mal quien da la muerte.

—Entonces, ¿opina que esa muchacha ha sido víctima de una ceremonia satánica?

—Sí, y también que, por miedo o por obtener favores, ha cedido, y el celebrante le ha arrancado el corazón para entregárselo al genio del mal.

—¿De verdad usted, un científico tan importante, cree que le han arrancado el corazón a la chica?

—Es algo inexplicable, ciertamente, pero hay muchas cosas inexplicables, más de las que los científicos admiten o admitimos.

—Profesor, todo esto me desconcierta.

—Lo comprendo, muchacho. Te has educado en la civilización de la tecnología, y ahora te encuentras ante algo que no sabes cómo descifrar, por eso has venido a preguntarme a mí, por eso los «hippies» viajan a la India, por eso multitudes de seres enfermos acuden a los santuarios milagreros, por eso desaparecen barcos o aviones en el Triángulo de las Bermudas, y así, etcétera, etcétera... Todos los fenómenos no son iguales, es evidente, pero tú has encontrado el cabo de una madeja diabólica. Esa muchacha, de la que me has hablado, ya está perdida; no conseguirás salvarla.

—¿Me está diciendo que no hay posibilidad de salvarla?

—No. Ella ha tratado de escapar, pero no ha podido. ¿No es cierto?

—Eso parece.

—No ha podido porque ya había entregado su corazón al Príncipe de las Tinieblas, en esa ceremonia que ha relatado tan bien.

—Entonces, ¿de verdad cree que se ha entregado al diablo, dando su corazón, ese corazón que, según ella, le han extirpado con las manos, sin dejarle cicatrices?

—Sí, lo creo, y, cuando la encuentres, si es que lo consigues, lo cual dudo, ya me lo dirás.

—Una amiga mía ha ido a visitarla a la «Residencia Werdelet», donde está recluida, según su padre.

—¿La «Residencia Werdelet»?

—¿Ha oído hablar de ella?

—Sí, vagamente. Es una especie de internado para muchachas con problemas.

—El internado se llamaba «Diana».

—Sí, lo sé, y tiene relación con la «Residencia Werdelet». ¿Sabías que ese lugar fue un antiguo convento medieval, que jamás llegó a consagrarse, pero que siempre estuvo habitado por extrañas órdenes o sectas pseudo-religiosas, y que jamás nadie trató de meterse allí para averiguar?

—¿Es posible que, en nuestros días, exista un lugar semejante, hoy día que todo está controlado?

—Eso de que todo está controlado es una falacia, hay muchas cosas que no están controladas.

—Pero si se denuncia a la policía...

—Seguramente sucedería algo que haría que la investigación no siguiera adelante. Hay muchos hombres importantes, que se supone están en puestos elevados de la política o el arte porque les apoyan sectas secretas. El hombre, por sí solo, no llega demasiado lejos, salvo que haya un grupo socioeconómico o secta secreta que le apoye. Después, cuando ese hombre está en su puesto de poder, debe pagar por los beneficios recibidos y, si es un político, un militar, un científico o un jefe superior de policía, ¿crees que no hace valer sus poderes para que la secta siga protegida e intocable?

—Me habla usted de un mundo tan extraño y corrompido, que me cuesta creerlo.

—Pues no lo dudes, muchacho, y si quieres un consejo: Olvídate de esa muchacha porque ya nada podrás hacer. Considérala como muerta.

—¿Ese es el consejo que me da?

—Sí, un pobre consejo, lo admito, pero es que no conozco otro mejor. Antes del ritual, se puede hacer algo, pero cuando, en el ceremonial satánico, ya se ha entregado al genio del mal, todo está perdido. Y dile a tu amiga que no se acerque por esa «Residencia Werdelet».

—¿Cree que allí puede ocurrirle algo malo?

—Sí, sí lo creo.

—¿Y si lo denuncio a la policía como un lugar donde se realizan ceremonias satánicas?

—Se reirán de ti o te buscarán problemas, no conseguirás nada. Tómalo como una experiencia importante. Te servirá en tu futuro profesional, así comprenderás situaciones o supuestas enfermedades para las que no existe cura, porque hay una cosa que no podrás conseguir jamás, muchacho, jamás.

—¿El qué?

—Vencer al genio del mal para salvar a otro ser humano. Esa es una batalla o un desafío siempre particular. Cada cual debe vencerlo por sí mismo, y quien no lo consigue, no se salva, porque nadie podrá luchar por él.

—Yo creía que se podía ayudar en la lucha contra el genio del mal; los sacerdotes de distintas religiones lo hacen.

—Lo hacen, sí, pero infundiendo fuerzas, dando ánimos, razonando incluso a quien está librando su batalla. La lucha la lleva a cabo el que corre el peligro.

Dan Lastman abandonó la casa del profesor Hallower, muy preocupado. En el interior de su cráneo retumbaban, insistentes, las palabras del viejo psiquiatra: «Olvídate de esa muchacha porque ya nada podrás hacer. Considérala como muerta».

De pronto, cuando se hallaba medio ensimismado en sus sombrías cavilaciones, los faros de un automóvil le hirieron los ojos. El vehículo se le echaba encima, resbalando sobre el asfalto mojado.

Dio un brusco volantazo, mientras pisaba el freno y se desvió. El coche que se le venía encima, pasó robándole

Dan consiguió frenar, medio subiéndose a un parterre que había junto al bordillo, pero el otro automóvil se precipitó contra una farola, que se retorció sin llegar a apagarse. Se escuchó un escalofriante estrépito de hierros y cristales, y el claxon del lujoso automóvil se quedó funcionando.

Dan Lastman saltó inmediatamente al suelo, y corrió hacia el auto siniestrado en la noche de la gran ciudad, una noche fría en que había comenzado a caer aguanieve.

Nada más acercarse, descubrió la tragedia. Dos personas habían sido víctimas del siniestro.

El hombre vestía smoking, era joven y estaba materialmente volcado sobre el volante.

Dan lo empujó hacia atrás, y el claxon dejó de sonar.

Aquel desconocido, vestido como para acudir a una fiesta importante, estaba sucio de sangre, y muy pálido. Dan le arrancó el lazo, y le abrió la camisa para que pudiera respirar, mientras otros coches se detenían para observar a cierta distancia lo ocurrido,

—Yo, yo estoy bien —balbució, casi ininteligiblemente, el chófer—. Ella, ella... ¿Cómo está?

Dan miró a la mujer, que llevaba un costoso vestido de noche. Estaba medio salida por el hueco del cristal parabrisas que faltaba completamente. Su rostro estaba lleno de cortes, y se había degollado al clavarse el hierro del limpiaparabrisas. Su sangre caliente se deslizaba sobre el capó húmedo y frío, por el agua nieve que caía.

Aquella mujer, muy hermosa, había quedado con los ojos abiertos, unos ojos que se habían vidriado, reteniendo en ellos una última sensación de horror.

—No se preocupe por ella —musitó.

En aquel momento, llegaba un coche policial, haciendo sonar su sirena y parpadeando sus luces en la noche.

—¡Apártese, apártese! —le ordenaron los agentes.

—Soy médico —dijo Dan.

—Ah, está bien, ¿Ha presenciado usted el accidente?

—Sí, por poco se precipitan contra mi coche. He tenido que sortearlos, pero ellos han terminado contra la farola.

Otro agente olfateó rápidamente, observando:

—Apesta a alcohol; una pena que condujeran embriagados. Gente con mucha plata, y termina así.

—¿Quién es ella, su esposa? —preguntó uno de los policías al hombre, que era sacado del interior del auto siniestrado, con exquisito cuidado, por si tenía fracturada la columna vertebral.

Su estado era grave, pero parecía más preocupado por su acompañante que por él mismo, pese a que, por las comisuras de sus labios, escapaba un inquietante hilillo de sangre.

Dan Lastman, en una primera exploración se había percatado de que no

menos de dos costillas estaban hundidas.

—Ella, ella es Nathaly Mills, Nathaly Mills, la gran, la gran...

Torció la cabeza. El agente miró a Dan, interrogante; éste, tras acercarse al rostro del conductor, y observarle los ojos, opinó:

—Ya no importa que la ambulancia se retrase.

—Pues sí que ha sido un buen castañazo, dos muertos estúpidamente.

Lastman se levantó, y se acercó a la mujer, que seguía en su tétrica posición, medio salida por el hueco del cristal parabrisas hecho añicos, y con parte del hierro del parabrisas metido en el cuello. Desconcertado, observó que era como si la mujer hubiera envejecido bruscamente. Su rostro se había tornado repugnante y, pese a tener los ojos vidriosos, su boca abierta parecía querer gritar algo, algo que no llegó a salir por su garganta.

El horror y el espanto habían quedado impresos en su cara.

Dan Lastman hubiera jurado que dentro de aquel cuerpo muerto, pero todavía con una temperatura de treinta y seis grados, había algo que se retorcía desesperadamente, en una lucha feroz, negándose a abandonar aquel cuerpo, que comenzaba a enfriarse lenta pero inexorablemente.

—¡Doctor, doctor!

Dan sacudió la cabeza, como queriendo escapar a una visión irreal.

—¿Sí?

—¿Le sucede algo, doctor?

—No, no, sólo que es una lástima lo que ha sucedido. La verdad, la mujer me había parecido mucho más joven.

Uno de los agentes, que se había hecho con los documentos del conductor muerto, opinó:

—Si es una vieja, ¿no lo ve? Esto sería un apaño, el hombre joven y ella una vieja. Da asco, ¿verdad, doctor?

CAPITULO VIII

Cuando Angie despertó, tenía los ojos irritados. Un frío atroz flagelaba su cuerpo, y en el paladar tenía pegado un sabor acre, que le producía náuseas.

Aún con los ojos cerrados, recordó la puerta a la que ella misma prendiera fuego.

Luego, la celda se había ido llenando de humo.

El pánico se apoderó de Stella y de July, y las tres jóvenes terminaron gritando primero y tosiendo después, ya que comenzaban a asfixiarse, pero su única salida, la puerta, estaba ardiendo, y ellas no tenían nada para apagarla.

El calor y el humo las fueron doblegando hasta que cayeron acurrucadas en un rincón, en medio de violentas toses.

Angie había perdido el sentido y ahora lo recobraba. Estaba viva; no había muerto abrasada ni asfixiada por el humo.

Comprobó que se hallaba en una sala subterránea, iluminada con lámparas de queroseno colgadas en la pared, una sala sin ventanas a la vista y llena de humedad y frío. Angie estaba sujeta con grilletes en las muñecas, y que la encadenaban a la pared.

Un chillido largo y penetrante se metió en su cerebro, como una aguja perforante, obligándola a abrir mucho los ojos. Así descubrió a sus amigas July y Stella.

Las muñecas de July colgaban de unas cadenas, que pendían de unas poleas incrustadas en el techo, y los pies de la joven no llegaban al suelo.

Angie observó que July no había despertado aún, pero sí lo había hecho Stella, que era la que acababa de chillar. Stella se hallaba desnuda y metida dentro de una especie de jaula larga y estrecha, colocada en horizontal, y cuyos extremos colgaban de sendas cadenas. La jaula estaba sobre una especie de zanja ennegrecida, posiblemente por el fuego.

—¡Stella, Stella!

—¡Angie, Angie, sácame, sácame de aquí, te lo suplico!

—¡No puedo, Stella, no puedo, estoy encadenada!

—¡Tengo miedo, quiero salir, quiero salir de aquí!

—Calma, Stella, calma, saldremos —la apaciguó Angie, aunque parecía que la muchacha pelirroja se hallaba en una situación más peligrosa, de inmediato.

Sin duda alguna, aquel lugar había sido habilitado para la tortura, un lugar por donde, a través de los siglos, debían haber pasado muchas víctimas.

July, colgada de las cadenas, tosió, y su cuerpo sufrió algunas convulsiones. Después volvió a quedar quieta, colgando, sin que la joven hubiera llegado a decir nada, pero sí abrió los ojos.

En la sala había más instrumentos de tortura, una sala que semejaba olvidada en el tiempo, pero aún apta para seguir funcionando.

Una puerta chirrió, y Angie miró hacia ella. Vio que entraba Diana, la

mujer de los largos cabellos grises, acompañada de un hombre alto y delgado, un hombre que sólo mirarlo estremecía.

Tras ellos aparecieron una especie de monjes, cuyas caras no se veían, y que iban cargados con haces de leña y unos sacos que, por la inclinación de sus cuerpos, se adivinaban pesados.

—Aquí están las tres —dijo Diana, mostrándoselas al siniestro personaje.

—Bien, bien.

Miró especialmente a Stella, que permanecía encerrada en la estrecha jaula, en la que, como máximo, podía girar sobre sí misma.

—¡Sáquenme de aquí!

Nadie le hizo el menor caso. Werdelet lanzó luego una ojeada a Angie, y las miradas de ambos se encontraron.

—Tú y yo ya es la segunda vez que nos vemos —puntualizó Werdelet, con su voz grave.

—Yo no le he visto jamás —rechazó Angie, estremeciéndose.

—Sí, estabas en tu apartamiento, allí tenías escondida a una de las siervas del Príncipe de las Tinieblas. Tuve que ir a buscarla, y borré tu memoria para que nada recordaras, pero, por lo visto, no sirvió de nada porque has terminado viniendo aquí,

Angie comprendió entonces que Dan Lastman tenía razón: Le habían borrado la memoria para llevarse a Sandra.

—¿Y Sandra, dónde está ahora Sandra?

—En el cementerio de los olvidados. Fue sacrificada, en un ceremonial de pacto. Una mujer que deseaba la belleza y la juventud la sacrificó; de este modo, se consagraba eternamente como sierva del Príncipe de las Tinieblas o, como dirían vuestros enemigos, se condenaba por su crimen.

Werdelet se alejó de Angie para encararse con July, que colgaba aprisionada por las muñecas.

—Esta se encuentra mal —observó Werdelet.

—Tragó mucho humo —explicó Diana, mientras los falsos monjes, que no eran otra cosa que las siervas del Príncipe de las Tinieblas, arrojaban leña en la zanja, debajo da la cual y encima pusieron carbón. Stella lo observaba todo, muy asustada.

—No quiero que muera, por ahora.

—No morirá, se recuperará.

—Sacadla de aquí, y metedla en una celda para que se recupere.

—Lo que ordenes.

Diana ordenó a cuatro de los supuestos monjes que se ocuparan de July, y le soltaron los grilletes. La joven se desplomó al suelo, donde fue recogida, y Angie sintió náuseas, al ver los rostros de los falsos monjes. Lo que ella ignoraba es que, tras aquellas caretas monstruosas, que recordaban a cadáveres semidescompuestos, había hermosas muchachas.

Se llevaron a July. Después, Werdelet y Diana se acercaron de nuevo a Stella, que se hallaba dentro de la jaula, ya sobre la leña y el carbón.

—Mujer, eres libre de quedarte ahí para abrasarte poco a poco hasta que te conviertas en cenizas o para salir.

—¡¡Quiero salir!!

—Podrás hacerlo, si gritas que maldices a Dios y te declaras sierva del Príncipe de las Tinieblas.

—¡No, Stella, no grites eso, no lo hagas o te llevarán al ritual, y te arrancarán el corazón, y tú misma lo entregarás a las llamas del infierno, te habrás condenado para la eternidad!

—Pero ¿qué dices, Angie, qué dices? ¡Yo sólo quiero salir, salir!

—Saldrás cuando maldigas a Dios y jures fidelidad eterna al Príncipe de las Tinieblas.

—¿Y si no lo hago? —preguntó Stella, temblando en el interior de aquella jaula, suspendida de las cadenas.

—Serás lo que llaman una mártir.

—¡Todo eso que dicen es una locura, no puede ser cierto, no puede ser!

—¿Tú no crees en el Príncipe de las Tinieblas?

—¡No, no creo, sólo creo que son unos asesinos!

—¡Mira, estúpida! —exigió Werdelet.

De pronto, semejó hacerse más alto, y su rostro se desencajó, transformándose en una máscara horrible.

Sus manos se convirtieron en garras, que se aferraron a la jaula, cogiéndose a los barrotes de la misma, sacudiéndola. Stella gritó desesperadamente, al sentirse perdida e impotente sobre aquel ser infernal que la aterrorizaba.

—¡Stella, resiste, resiste!

—¡Angie, Angie, sácame de aquí, no quiero morir, no quiero!

Werdelet apartó la jaula de la zanja, lo que consiguió dándole vueltas a una rueda dentada, que desplazó la viga del techo, de la que pendían las cadenas sosteniendo la jaula horizontal.

Las cadenas chirriaron, y Stella trató inútilmente de revolverse dentro de la jaula; ni siquiera podía doblar los brazos, debido a la escasa capacidad interior de aquel diabólico instrumento de tortura.

Diana encendió una antorcha, que arrojó al interior de la zanja llena de leña y carbón. De inmediato se prendió el fuego, y las llamas se alzaron amenazadoras y malignas. El humo se elevó hacia el techo. Justo encima de la zanja había un agujero, que debía dar a una chimenea exterior.

Al ver las llamas, que no quedaban muy lejos de su cuerpo, Stella volvió a chillar de espanto. Werdelet se acercó a una arqueta, colocada en un hueco de la pared, y en una especie de cazo de hierro tomó una porción de polvos gris-amarillentos, que arrojó al fuego.

De inmediato, las llamas cambiaron de color, y el ambiente se llenó de olor a incienso y a azufre. Angie sintió que los ojos se le irritaban más, y que el olor le producía náuseas.

—Tú verás si te conviene ser sierva del Príncipe de las Tinieblas.

—¡No, Stella, no cedas! —le gritó Angie.

Werdelet y Diana miraron a Angie; comprendieron que ella tenía una rebeldía, que costaría más de doblegar.

—¡No quiero morir, no quiero morir! —sollozaba Stella convulsivamente.

—Será una muerte lenta, muy lenta... Cuando las llamas desciendan, quedarán los carbones al rojo, y éstos despedirán un calor duradero y suficiente para que tu cuerpo se vaya abrasando. Es posible que tardes horas en morir. Tu piel se irá poniendo roja, te saldrán ampollas que luego reventarán. Será una muerte horrible, a menos que decidas maldecir a tu Dios y convertirte en sierva del Príncipe de las Tinieblas.

Stella sintió que las lágrimas se agolpaban en sus ojos; no tenía escapatoria. Era como si hubiera atravesado el túnel del tiempo, saltando a un pasado oscurantista, donde aquella clase de rituales satánicos, las torturas en los sótanos de castillos o conventos, fueran algo cotidiano, y la piedad, algo insólito y desconocido.

Las llamas fueron descendiendo en altura, poco a poco, hasta que no llegaron a rebasar los bordes de la zanja. Werdelet aprobó:

—Podemos empezar. Si deseas vivir, irás con tu Dios, enemigo eterno del Príncipe de las Tinieblas. Si deseas vivir, y evitar la muerte que te espera, sólo tienes que maldecirle y suplicar al Príncipe de las Tinieblas que te acepte como sierva.

Diana comenzó a mover la rueda. Las cadenas volvieron a chirriar, y la jaula se desplazó para irse centrando sobre la zanja en la que la leña quemaba y había prendido en el carbón que había enrojecido.

Stella notó rápidamente el calor en su cuerpo y una oleada de pánico la invadió.

—¡Socorro, auxilio, me abrasan, socorro!

—Puedes gritar cuanto quieras, nadie te va a oír, y tienes tiempo por delante; la muerte será lenta. Ya no hay humo, sólo el calor sube hacia tu cuerpo. Cuando hayas muerto, echaremos más leña para que desaparezcas convertida en cenizas, cenizas que irán cayendo entre los hierros de la jaula, y así, hasta que quede vacía.

—¡Asesinos! —gritó Angie hasta enronquecer. No podía creer que todo aquello fuera cierto, tenía que ser una pesadilla. Brujas, diablos, era algo increíble, insólito, en el siglo en que vivía.

—¡Piedad! —suplicó Stella.

—Los mártires murieron con una sonrisa en los labios —se burló Diana—. ¿Vas a hacer tú lo mismo?

—¡No, no, maldigo a Dios, lo maldigo! ¡Soy sierva de Satán, soy sierva de Satán, soy sierva de Satán! —gritó

Stella, que ya había comenzado a sentir el dolor de las quemaduras.

Werdelet indicó a Diana que podía retirar la jaula, y volvieron a chirriar las cadenas. Stella fue sacada del peligro. Le abrieron la jaula, y ella saltó al suelo, presa de un ataque de nervios.

—Grita de nuevo que maldices a tu Dios y que eres sierva del Príncipe de las Tinieblas

—exigió Werdelet.

—¡Dios, te maldigo, te maldigo, soy sierva de Satán, soy sierva de Satán!

—Yo soy el maestro de ceremonias, de los rituales para pactar con el Príncipe de las Tinieblas. Debes arrodillarte y besarme los pies.

Stella se arrodilló y besó los pies de Werdelet. Sus labios tuvieron la sensación de besar algo muerto.

—Bien, ahora sólo falta tu entrega, antes de ser llevada al ceremonial para dar tu corazón al Príncipe de las Tinieblas.

Stella, humillada, miró con terror hacia arriba, a! rostro de aquel ser diabólico que parecía ministro de Satán.

—Ponía en el tálamo —ordenó Werdelet a Diana.

Diana cogió a Stella por un brazo y la llevó hasta una piedra rectangular, que semejaba una especie de mesa, no muy alta. La hizo tenderse en ella boca arriba, con la mitad de las caderas fuera de la propia piedra y las piernas colgando.

Angie vio que Werdelet abría la oscura capa que llevaba a modo de alas, le vio de espaldas, mientras Stella le veía de cara, por delante, y agrandaba sus ojos con espanto. Werdelet se colocó ante la muchacha, mientras exigía:

—Ve gritando que eres sierva del Príncipe de las Tinieblas.

—¡Soy sierva del Príncipe de las Tinieblas, soy sierva del Príncipe de las Tinieblas!

Angie ladeó la cabeza para no ver aquella diabólica ceremonia y lloró desesperadamente por haber sido ella quien pidiera a Stella y a July que la acompañaran a aquel recinto satánico.

Minutos más tarde, los ojos de Stella se habían secado, ya no lloraba. Su faz había palidecido, y la sonrisa y la jovialidad habían huido de ella para siempre.

—Llévala con las demás, y que se vista con el sayo —ordenó Werdelet a Diana.

Stella siguió a Diana, con una absoluta sumisión. Al salir de la sala de tortura, ni siquiera lanzó una mirada hacia Angie, que seguía encadenada a la pared, esperando su turno de tortura.

El repugnante Werdelet se encaró con Angie y silabeó:

—Tú serás la próxima, ve pensando en ello.

—¡Jamás, jamás!

—Resistir no es tan fácil como ahora crees. Si te pusiera dentro de la jaula, cederías pronto.

—Preferiría que me abrasarais.

—Sí, es posible; ahora estás demasiado entera. Habrá tiempo para doblegar tu resistencia, y acabarás siendo como las demás, como tus amigas.

—¡Nunca!

—Veremos cuándo es «nunca» para ti.

Se marchó, riéndose, y sus carcajadas hallaron siniestros ecos en las negras paredes del lóbrego sótano ideado para cámara de torturas, donde tantas y tantas desgraciadas habrían suplicado piedad, durante siglos, sin que nadie acudiera a liberarlas.

Angie se desmoronó, llorando silenciosamente. Tuvo miedo de no poder resistir, tuvo miedo de dejarse vencer ante el dolor de la tortura, y suplicó por lo bajo:

—Dios mío, Dios mío, ayúdame, ayúdame, Dios mío, ayúdame; no dejes que me entregue a las fuerzas de Satán.

CAPITULO IX

Impresionado por el accidente de tráfico en el que, de una forma marginal, se viera implicado. Dan Lastman abandonó la estación de policía, tras hacer su declaración.

Por algunos comentarios oídos en la estación de policía, pudo enterarse de que Nathaly Mills, la veterana estrella que semejaba altamente rejuvenecida, acababa de firmar varios contratos para otras tantas películas.

Dan no podría olvidar jamás aquel rostro exangüe, que reflejaba un infinito horror, más allá del dolor y de la muerte. Era algo indescriptible, que le había recordado las palabras del profesor Hallower. ¿Tendría el diablo algo que ver en aquella muerte?

Trató de sacudirse de la cabeza todos los pensamientos que habían comenzado a torturarle; todo era una pesadilla, desde el mismo momento en que Angie le hiciera escuchar la «cassette»; y le mostrara a su amiga Sandra, una muchacha sin corazón.

Se dirigió al apartamiento de Angie, de la que no había sabido nada en todo el día. Aparcó frente al edificio, y subió hasta el apartamiento, llamando a la puerta. Nadie respondió. Insistió en la llamada y fue inútil.

Dan no tenía la llave de aquel apartamiento; tenía una gran amistad con Angie, una amistad que prosperaba día a día, y que terminaría en una unión completa, que es lo que ambos querían, pero también deseaban conocerse mucho mejor, y no unirse con el sexo y por el sexo tan sólo.

Vivir en pareja era mucho más que estar unidos en la cama. Había que convivir diariamente, compartirlo todo, y ambos deseaban conocerse más a fondo para luego no recibir sorpresas.

Bajó a la calle, y se dirigió a una cabina telefónica. Llamó al apartamiento, y nadie respondió. Miró hacia lo alto, y vio las ventanas oscuras. Dan pensó que podía estar en el Chipper Club, y hacia él se dirigió.

El Chipper Club era un lugar espacioso y subterráneo, donde se reunía mucha juventud. La música era ensordecedora en algunos momentos, y cada cual podía tocar la guitarra, el piano o cualquier otro instrumento, si así lo deseaba, sin que nadie se metiera con él salvo que dañara los oídos. Se conversaba, se fumaba, se bebía, se intercambiaban ideas y se buscaba una felicidad que jamás hallarían.

—¡Micky!

—Hola, Dan —saludó el mozo de! mostrador, que le conocía bien.

—¿Has visto a Angie?

—¿Angie? No, no ha venido por aquí.

—¿Ya July y Stella?

—Pues... —quedó pensativo unos instantes—. Tampoco. Pregunta por ahí, aunque creo que no han venido.

Dan preguntó, y sólo obtuvo negativas o encogimientos de hombros. Nadie

sabía nada de las tres muchachas, lo que le hizo fruncir el ceño. El había ayudado a Angie a buscar la dirección de la Residencia Werdelet y, al parecer, no habían regresado.

Tomó la decisión de volver al apartamiento de Angie, e insistir llamando, y siguió con respuesta negativa. Luego, fue al apartamiento donde July y Stella vivían juntas. El silencio fue la respuesta.

—Mañana la veré —se dijo; mas, al sentarse dentro de su automóvil, resolvió que era demasiada tranquilidad marcharse a su cama.

Angie, July y Stella podían estar en problemas. Puso el auto en marcha, y rodó hacia la carretera, saliendo de la ciudad.

Miró su reloj de pulsera: Eran las tres de la madrugada. Había dejado de caer agua-nieve, y el tiempo era gélido. Detuvo el zum-zum de los limpiaparabrisas, y la calefacción del coche resultaba muy agradable para aislarse del exterior.

Cuando abandonó la carretera comarcal para introducirse en la vecinal de maltrecho asfaltado, no se cruzó con nadie. Aquella carretera semejaba un lugar maldito y abandonado de todo el mundo.

Los faros barrían las sombras, y algunas de ellas, en medio de la doble hilera de árboles que entrecruzaban sus ramas desnudas, parecían no querer esfumarse. Al fin, divisó el largo muro de piedra. Siguió adelante con marcha corta, y se detuvo frente a la entrada de la residencia Werdelet.

La puerta, de una solidez impresionante, le dejó perplejo. Aquello no tenía nada que ver con los nuevos conceptos de la psiquiatría moderna. No había luz alguna, y pensó que no era el momento adecuado para llamar a la puerta de una residencia psiquiátrica y preguntar si habían pasado tres muchachas; sin embargo, un sexto sentido le advertía que Angie estaba allí, no podía verla, pero lo presentía.

Siguió avanzando con su automóvil y rebasó el muro. Escondió el coche tras unos árboles, saliéndose de la carretera, y se apeó.

El tiempo era muy frío, y se subió las solapas y el cuello de su gabardina, acolchada por su interior. Ajustó el sombrero sobre la cabeza, y tomó una linterna de la guantera del automóvil. Cerró la portezuela, sin hacer ruido, y anduvo junto al muro, no por la fachada que daba a la carretera, sino por el lado norte, donde crecían abundancia de hierbajos y robustas hiedras.

La residencia era grande, más de lo que parecía a simple vista. El muro proseguía alrededor de la misma, un muro alto, pétreo, muy sólido.

El gran muro terminó, y nació otro más bajo. Dan supuso que podía pertenecer a otra finca, y siguió caminando junto a él para rodearlo. Llegó al final de la pared, y dobló por ella cuando se encontró con un camino de tierra, que terminaba en una verja.

Miró a través de ella, y vio una avenida de oscuros cipreses. Trepó por la verja, hasta llegar a lo alto del muro, y después saltó al otro lado. Sabía que se estaba buscando problemas, que podían tomarle por un asaltante furtivo, mas su instinto le impelía a seguir adelante. Pasó junto a los cipreses, y al otro

lado descubrió lápidas,

—Un cementerio —se dijo.

Un cementerio, tras aquella residencia que tenía mucho de convento antiguo, era algo lógico, mas observó que no había cruces por ninguna parte. Iluminando una de las lápidas, pudo ver iniciales. Descubrió entonces un grabado simbólico; era una serpiente enroscada, en cuyo centro había como la marca de una pezuña.

No era ningún entendido en Demonología, pero había visto libros del profesor Hallower, y sabía que aquello era como un símbolo del diablo.

Miró otras lápidas. Tenían iniciales distintas, pero todas mostraban el símbolo de la serpiente enroscada y la marca de la pezuña en su centro. Era como una advertencia de que aquellas sepulturas no estaban bajo el signo cristiano, sino bajo el de Satanás.

Obviamente, se hallaba en un cementerio satánico, ubicado tras una especie de convento, que trataba de aparecer como una clínica psiquiátrica reservada. Nunca hubiera creído que existieran tales lugares, mas ya no podía dudar de su existencia porque estaba pisando aquellas sepulturas marcadas por la simbología de Satán.

Escuchó ladridos de perros lejanos; no obstante, siguió avanzando entre las sepulturas, con la desagradable sensación de que allí todo era hediondo. En la tierra de las tumbas no crecía planta alguna, y despedía un olor acre y desagradable un olor que escocía los ojos y la nariz. Daba la impresión como si del subsuelo escapara un rumor lejano, casi un fragor de algo que se agitaba, como si de un momento a otro las sepulturas pudieran comenzar a rajarse, apareciendo por ellas los cuerpos corruptos de quienes allí estaban, ya que no se podía decir de ellos que reposaran.

Divisó entonces la capilla del cementerio, que no podía estar dedicada a Dios sino a Satán, puesto que aquélla era tierra del diablo.

Con cautela, se aproximó a la puerta de la capilla, que estaba abierta. Pudo ver su interior, iluminado por cirios rojos, gruesos y altos. No había bancos, y sí un altar de piedra. Tras él, una puerta de bronce cerraba un hueco o algo semejante; quizá fuera la tapa de un crematorio humano.

Recordó el relato grabado en la cinta a «cassette», y se dio cuenta de que Sandra Peel no había mentido. Todo aquello correspondía exactamente; allí se celebraban los rituales satánicos.

Al no ver a nadie rodeó la capilla, tratando de acercarse al convento diabólico. De pronto, tres pares de ojos le rodearon, mirándole con hostilidad. Por unos instantes, temió que fueran lobos, pero no, eran perros, perros cimarrones, que le gruñeron agresivos.

La linterna de Dan poseía dos posiciones, era una linterna de la que podía hacer usos un poco especiales. Apuntando con ella a los ojos de los animales que pretendían atacarle, dio la máxima potencia en destellos fugaces, que bombardearon las pupilas de aquellos perros, convertidos en fieras, que se asustaron y se alejaron corriendo.

Dan supuso que no eran los únicos perros cimarrones que merodeaban por el siniestro cementerio, y se mantuvo en guardia para que aquellas fieras, de temibles dentaduras, no cayeran sobre él, tratando de degollarle a dentelladas.

Un camino le condujo al gran muro que circundaba el convento. Allí se abría una puerta de gruesa madera y remaches de hierro. Trató de abrirla, sin conseguirlo. Miró hacia el muro, retrocediendo e iluminándolo con la linterna, y observó las feraces y lujuriantes hiedras, que se habían extendido por las paredes, pegándose a ellas con sus adherentes raíces. Comenzó a trepar, cogiéndose a las ramas. Se mojó las manos de agua gélida, y también la gabardina, pero siguió hasta llegar a lo alto del muro. No se detendría ante nada, después de lo que había visto.

Saltó al otro lado del muro, y quedó dentro del recinto de la supuesta residencia psiquiátrica privada. Avanzó hacia el edificio cuando, de pronto, pegado al muro, descubrió un automóvil pequeño.

«¡El coche de Angie!», se dijo.

Para estar más seguro, se acercó, y comprobó que así era; aquello borró las dudas que aún podían quedarle.

Unos gruñidos le hicieron volverse, justo cuando un perro saltaba sobre él. Dan, sin pensarlo, le golpeó con el canto de la linterna, y el animal cayó. Ya en el suelo, Dan se apresuró a darle un puntapié en la cabeza. El perro pudo recuperarse, pero se alejó corriendo; no era un verdadero luchador.

Pegado al muro, y evitando encender la linterna, avanzó en busca de alguna puerta que le permitiera internarse en tan siniestro lugar.

De pronto, le llegó claramente un grito lejano; era un grito de mujer, un grito de horror, salido de lo más hondo de un cuerpo torturado.

Se detuvo, y se inclinó hacia un ventanuco de media circunferencia, que estaba casi a ras de suelo. Volvió a oír gritos.

Aquello más parecía una cárcel que una clínica psiquiátrica. Avanzó hasta encontrar una puerta estrecha y sólida, que cedió al mover el pomo. Pasó a través de ella, introduciéndose en la edificación.

La oscuridad más absoluta le rodeó, y se arriesgó a encender la linterna para ver dónde estaba. Descubrió una pequeña sala, que conducía a una especie de rellano donde había una escalera ascendente y otra descendente.

Al llegar a las escaleras, dudó entre escoger las que subían o las que bajaban, y optó por estas últimas.

Descendió despacio los peldaños pétreos y húmedos, y llegó a otro rellano. De allí, pasó a una galería iluminada por dos lámparas de queroseno.

La galería estaba llena de puertas cerradas, excepto una de ellas, que aparecía rota y medio quemada.

Despacio, se acercó a una de las puertas. Escuchó atentamente, y oyó el rumor de una respiración.

—Angie, Angie— llamó.

No obtuvo respuesta, y prefirió no levantar la voz. Se acercó a otras puertas, y volvió a llamar.

—Angie, Angie...

—¿Quién llama? —preguntó una voz casi agotada, oscura y temerosa, pero a Dan le pareció reconocerla.

—¿Angie?

—No, soy July, July... ¿Quién eres?

—Dan.

—Dan, abre, abre, te lo suplico.

Dan Lastman descorrió el cerrojo. De inmediato, la muchacha se abalanzó sobre él, abrazándole. Dan tuvo un ligero sobresalto y abrazó también a July, que parecía desesperada.

—¡Sácame, sácame de aquí! —gritó, de pronto.

En aquel momento, como si hubieran dado la voz de alarma, las demás recluidas comenzaron no sólo a gritar, sino a lanzar alaridos como bestias infernales.

—July, nos van a descubrir.

Dan tuvo la intuición de que alguien se acercaba, y empujó a July de nuevo hacia el interior de la celda.

—No, no, yo quiero salir... —suplicó July.

—Espera, espera.

Apareció en la sala la mujer forzuda de la bata blanca, atraída por el escándalo de gritos y aullidos.

—¡¡Callaos, bestias inmundas!!

CAPITULO X

Dan Lastman creía que aquella mujer forzuda se iba a marchar, pero no parecía así porque se fue acercando a la celda, quizá porque se dio cuenta de que la puerta no estaba bien cerrada.

Al notar que ella empujaba la puerta, y antes de que él y July quedaran encerrados, Dan Lastman empujó con fuerza, desplazando a la mujer que, al ver al hombre, se sorprendió, pero no se arredró, y su mano apareció armada con una porra de plomo, forrada en cuero. Golpeó con ella a Dan en un hombro, cuando había pretendido alcanzarle la cabeza.

Dan Lastman comprendió que con aquella mujer no podía utilizar el mismo cuidado y cortesía que con el resto de las mujeres y, tras esquivar varios golpes, le propinó un puñetazo en el rostro, que la hizo tambalear, mas no llegó a tumbarla. Aquello no era una mujer, sino un peso pesado, campeón de las olimpíadas,..

Volvió a cargar contra ella, no sin antes recibir un par de porrazos, que le hicieron tambalear. Al fin, Dan consiguió conectarle un puñetazo en la mandíbula que la lanzó hacia el interior de la celda. July salió, y Dan se apresuró a colocar el cerrojo.

—¡Menuda tipa! —se lamentó Dan.

La celadora arremetió contra la puerta, golpeándola como tantas y tantas veces habían hecho sus propias víctimas y, como ellas, también halló el eco de los gritos, chillidos y risas de las demás muchachas, allí encerradas.

—Esto es un infierno —gruñó Dan.

—¿Cómo has logrado llegar?

—Saltando un muro. ¿Y Angie y Stella?

Antes de poder responder, July se tambaleó, mareada. Dan le preguntó:

—¿Te ocurre algo?

July mostró sus muñecas desolladas, y también el brazo herido; además, tosió.

—Estoy un poco mal, quiero salir de aquí.

—¿Qué te han hecho?

—Tienen una sala de torturas, y allí han quedado Angie y Stella.

—¿Dónde está esa sala?

—No lo sé.

—Tienes que saberlo, ¿dónde está?

—Creo que en un sótano sin ventanas. A mí me han sacado porque estaba muy mal.

—Intenta recordar, hemos de encontrarlas, vamos —la apremió, en medio de chillidos, risas y golpes.

Fueron hacia el final de la galería, y descubrieron otra puerta, que tenía un cerrojo. Al abrirla, vieron una escalera descendente.

—Huele a quemado, a incienso y azufre —opinó Dan, olfateando.

—Yo no quiero bajar.
—Hemos de encontrarlas, July.
—Tengo miedo, tengo miedo; este lugar es diabólico.
—Sí, pero hay que salvar a Angie y Stella. Vamos o quédate aquí tú sola.
—¡No, no, eso, no!
Dan comenzó a descender los peldaños, y July fue tras él. Por una escalera amplia y circular, arribaron ante otra puerta. La abrieron, y un hedor a incienso y azufre llenó sus pulmones, y casi les hizo tambalear. Aquélla era la sala de torturas, sólo había que verla.
—¡Angie!
—¡Dan, Dan, Dan!
El hombre corrió hacia la muchacha. Tras cogerle el rostro entre las manos, y besarla ansiosamente, descubrió las cadenas que mantenían sus manos sujetas a las paredes, separadas una de otra.
—Sácame de aquí, Dan, sácame —pidió, desesperada.
—En seguida.
Dan quitó ¡os tornillos que cerraban los grilletes que atenazaban las muñecas de la joven, liberándola. Angie se abrazó a él, y July pidió:
—Salgamos, salgamos de aquí.
—Falta Stella —dijo Dan.
—Stella está en manos de esos monstruos; son diablos y brujas. Aunque no te lo creas, esto es un santuario de Satanás.
—Calma, calma; tú y July ya estáis liberadas.
—Stella ha sido torturada ahí. —Angie señaló la zanja donde aún podían verse carbones encendidos.
—¿La han abrasado? —preguntó Dan.
—Lo han intentado para aterrorizarla; la han hecho renegar de Dios y declararse sierva de Satanás.
Mientras se tocaba con cuidado las desolladuras de las muñecas, que le escocían, July preguntó:
—¿Qué han hecho con ella?
—Primero la han humillado, ha sido horrible, horrible. Luego —apoyó su rostro contra el pecho del hombre, y confesó penosamente— la han obligado abjurar de Dios, ha sido ese repugnante Werdelet. Es un demonio, un secuaz de Satanás. La ha aterrorizado y después se la han llevado; ya no parecía la misma.
—¿Y dónde se la han llevado?
—No lo sé, pero quizás a celebrar el ritual, como hicieron con Sandra. July, muy intrigada, preguntó:
—¿Qué pasó con Sandra?
—Ha muerto. Fue sacrificada en una de esas horribles ceremonias negras que ellos llevaban a cabo, y han dicho que ahora se halla sepultada en el cementerio de los olvidados, que no sé dónde está.
—Yo, sí —dijo Dan.

—¿Lo has visto? —preguntó July.

—Sí, antes de entrar. Es un cementerio consagrado a Satanás, por el que pululan perros cimarrones.

—¿Y a Stella también van a llevarla allí? —se horrorizó July.

—Se la han llevado a ella, primero; después, nos tocará a nosotras si no escapamos de aquí.

—¡Salgamos! —apremió Dan.

Abandonaron la sala de torturas, y corrieron escaleras arriba. July y Angie, todavía afectadas por el humo tragado, tosían. Llegaron a la galería de las celdas, y Dan dijo:

—Un momento.

—¿Qué vas a hacer?

—Abrir todas las celdas, menos una.

—Dan, están loca —le advirtió July.

—Es lo mismo, abriré las celdas.

Angie y July se pegaron a Dan, y éste fue abriendo puertas, al tiempo que exclamaba:

—¡Eres libre, puedes salir!

Las muchachas, algunas ya enloquecidas, otras al borde de la demencia, a causa de las torturas y las drogas que les habían sido inyectadas, salieron, primero con temor y luego corriendo.

Abrieron todas las celdas, excepto la que encerraba a la celadora, que seguía golpeando la puerta inútilmente.

Las recién liberadas corrieron de un lado a otro, gritando. Era imposible poner orden en ellas, y Dan se llevó a July y a Stella consigo, sacándolas del edificio.

Ya en el exterior, observó que ellas pasaban frío, y las hizo correr hacia el pequeño automóvil. De allí sacaron una manta para abrigarse, y Dan les ofreció su gabardina, que se puso Angie, que tiritaba.

—Quedaos aquí, ahora volveré.

—No, Dan, yo voy contigo, no me quedo aquí —le dijo Angie.

—Yo, tampoco.

—Está bien.

—Angie, ¿tienes alguna cruz aquí dentro?

—¿Una cruz?

—Sí, una cruz.

—No, creo que no.

—Entonces, dame un par de cigarrillos y un poco de esparadrapo, del botiquín del coche.

—¿Qué pretendes hacer?

—Una pequeña cruz, con dos cigarrillos cruzados.

—¿Para qué servirá? —preguntó July.

—No sé si servirá, pero lo intentaremos.

Rompió uno de los cigarrillos, y lo cruzó con el otro, sujetándolo en el

centro con la cinta adhesiva. Después, dijo:

—Vamos.

Salieron del coche mientras las muchachas recién liberadas corrían de un lado a otro, buscando la libertad y rompiendo cuanto encontraban a su paso. Estaban ya tan descentradas que no sabían ni por dónde ir. Su obsesión era correr de un lado a otro, dando gritos, rompiéndolo todo.

Dan condujo a Angie y a July hacia la puerta que daba al muro, y que unía aquella especie de santuario de Satanás con el cementerio. Como el cerrojo estaba colocado del lado de la residencia, no les costó abrir la puertecilla, y pasaron a través de ella, irrumpiendo en el tenebroso cementerio de los olvidados.

—No gritéis ahora. Es posible que salgan perros cimarrones, y tendremos que asustarlos. Arribaron por el sendero hasta la capilla donde se escuchaban letanías .extrañas, ininteligibles y oscuras.

—Están en el ceremonial —dijo Dan.

—Tengo pánico, verdadero pánico; son seres del infierno y muertos también. ¿Qué podremos nosotros contra ellos?

Dan se acercó al umbral de la puerta de la capilla consagrada a Satanás, y vio a los extraños monjes, con rostros pútridos. Sobre un catafalco había un ataúd, y dentro de él, yacía Stella, con los ojos abiertos.

En aquellos momentos, el ministro del Príncipe de las Tinieblas, que era Werdelet, tenía su mano dentro del cuerpo de la desdichada muchacha. La sangre manaba en derredor y, mientras regurgitaba extrañas frases, extirpó el corazón de Stella.

Werdelet alzó entre sus manos el sangrante corazón, y lo depositó en el interior del copón que le tendía Diana, que actuaba como sacerdotisa en el ritual

—¡Yo os conjuro en nombre de Dios! —gritó Dan, con voz fuerte, casi atronadora, haciendo que todas las miradas se volvieran hacia él—. ¡Os conjuro a que regreséis al abismo de las tinieblas, junto a vuestro señor Satán!

—¡¡¡Aaaaaaaaggggg!!! —rugió Werdelet, creciendo de una forma desmesurada.

Alzó los brazos, desencajó su rostro, convirtiéndose en un monstruo horripilante, que amenazaba abalanzarse contra Dan.

Dan no retrocedió un solo paso. Puso por delante la crucecilla hecha con dos cigarrillos, y encendió la linterna tras la pequeña cruz. La sombra de la misma se proyectó sobre Werdelet, que se retorció, como víctima de espasmos de dolor.

—¡Yo os conjuro, en nombre de Dios, para que regreséis al abismo, junto a vuestro señor Satán, y abandonéis este lugar!

El alarido fue unánime. Los supuestos monjes rugían lo mismo que Werdelet, que se retorcía, y también Diana, a la que se le escapó el copón de plata con engarces de piedras negras. Del interior del copón cayó al suelo el corazón de Stella esparciéndose la sangre en derredor.

Toda la capilla comenzó a temblar, y los siervos de Satán, al frente de los cuales iba Werdelet, trataron inútilmente de escapar, sin conseguirlo, ya que Dan mantenía la cruz frente a ellos, con la linterna detrás, proyectando así la Imagen de la cruz ampliada.

Los muros de la capilla crujieron, la tierra tembló, y del techo comenzaron a desprenderse cascotes.

—¡Dan, se derrumba! —exclamó Angie.

Dan no se movía, aguantaba allí, impidiendo que aquellos monstruos satánicos escaparan. Era la única forma de acabar con ellos, suplicando la ayuda de Dios.

Parte de la bóveda de la capilla se vino abajo, y cayó sobre Stella, aplastándola, destruyendo el ataúd y derribando el catafalco.

Era como si estuvieran inmersos en un terremoto, mientras afuera aullaban los perros, ahora de miedo, corriendo algunos de ellos entre las lápidas de los olvidados.

El techo y luego las paredes se desplomaron, sepultando a Diana, a los falsos monjes y al mismísimo Werdelet, bajo el cual se abrió la tierra. Se hundió en ella, lanzando terribles y pavorosos alaridos. El suelo volvió a cerrarse, y vieron cómo Diana desaparecía totalmente, bajo una gran piedra. Poco después, la capilla sólo era un montón de ruinas, y en ella no quedaba nadie reconocible.

Olieron a humo, y July gritó:

—¡Mirad, mirad!

Señaló hacía el muro. Por encima del mismo, las llamas se elevaban al cielo, apuñalando la noche.

—Habrán sido las liberadas, que han prendido fuego.

—¿Qué hacemos? —preguntó Angie,

—¿Qué podemos hacer? Nada, salir de aquí cuanto antes.

Corrieron entre las tumbas, quizá temerosos de que de ella brotaran manos que trataran de aprisionarles por los pies para que no escaparan. Cada golpe era un susto para las dos muchachas que pretendían alcanzar la salida, mientras el gran santuario, llamado

«Residencia Werdelet», ardía por los cuatro costados.

Llegaron hasta la puerta de hierro. Dan trató de abrirla, no lo consiguió y les dijo:

—Hay que trepar hacia lo alto, y luego saltar.

—No podremos —dijo Angie.

—¡Sí que podremos, vamos, arriba, trepad!

Ayudándolas, consiguió que subieran hasta lo alto de la puerta. La rebasaron y descendieron por el lado exterior, cuando ya una jauría de perros corría, feroz, hacia ellos. Las rejas impidieron que les atacaran, y aquellas fieras celadoras del cementerio de los olvidados quedaron allí, ladrando furiosamente, mientras los tres corrían junto al muro hasta llegar al automóvil de Dan, que continuaba entre los árboles.

La gran puerta del convento seguía cerrada y, tras ella, se oían gritos. El fuego devoraba la edificación como si en vez de piedra fuera de leña.

—¡Vámonos, vámonos de aquí! —gritó July.

—Sí, vámonos. Mañana. Angie, tendrás que decir que le han robado el coche.

Se alejaron por la carretera, mientras comenzaba a nevar débilmente, y el fuego se veía cada vez más y más lejano.

FIN